

EL GRAN JEFE



Victor
Mc. LAGLEN
Jackie
COOPER
Ana
MUNSEN



Editorial Alas

DIRECTOR
Arthur Lubin

basada en la novela de
WALLACE SULLIVAN

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS
SERIE ★ ALFA





EL GRAN JEFE

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 787 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Barcelona - Terreno, 4, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 80

NUM. 329

EL GRAN JEFE

La historia de un hombre bueno, esclavo del cumplimiento del deber, a quien la injusticia de los hombres y la ambición de los tiempos modernos convirtieron insensiblemente en un criminal, haciendo víctima de sus infames manejos a unos seres honrados, que hubieron de tardar mucho tiempo en recuperar el honor y la consideración humana y en ver expiar sus crímenes al un día prestigioso alcalde, a quien todos reverenciaban y obedecían como «el gran jefe».

DISTRIBUIDA EN ESPAÑA Y COLONIAS POR



DELEGACIONES:

MADRID
BILBAO
VALENCIA
SEVILLA
MALAGA
MURCIA
LA CORUÑA
PALMA DE MALLORCA
LÉRIDA

DIRECTOR:

LUIS CABEZAS

PRODUCCIÓN - DISTRIBUCIÓN

VALENCIA, 215 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Victor Mc. Laglen

Jackie Cooper

Ona Munson

Peggy Moran

Edward Brophy

Russell Hale

Jonathan Hale

Novelización de

Agustín Piracés

EL GRAN JEFE

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL CAPITAN WHITLOCK

TODOS le conocían por el mismo nombre, desde hacía diez años que, en su calidad de capitán del cuerpo de Prisiones, tenía a su cuidado a los reclusos del establecimiento penitenciario de Rowland City. Había llegado allí como un oscuro funcionario, pero sus dotes de perseverancia, inteligencia y actividad, le habían captado bien pronto las simpatías de todos sus superiores, hasta el punto de que, unos meses antes de desarrollarse los sucesos que vamos a describir en esta narración, había recibido el nombramiento, con carácter interino, de alcalde del presidio.

Guillermo Whitlock, que así se llamaba nuestro protagonista, habitaba junto con su linda esposa Ma-

ry, en un pabellón adyacente al de los penados, y utilizaba como criado los servicios de un presidiario, llamado Dippy, que a pesar de hallarse condenado a reclusión penal por espacio de un respetable número de años, debido a una serie de vulgares delitos cometidos por él, había sabido conquistar el aprecio del gran jefe, por el celo e interés que ponía en todas sus cosas.

Aquel «enchufex», si bien ocasionaba a Dippy mucho trabajo, le permitía gozar de una libertad de movimientos dentro de la prisión, que le hacía el castigo bastante soportable.

En la noche en que comienza nuestra narración, Bill Whitlock se estaba quitando el uniforme de oficial de Prisiones para revestir un

elegante terno de paisano, cuando Dippy entró precipitadamente y le hizo entrega de un sobre alargado, ostentando un membrete oficial.

Con cierta impaciencia, Whitlock rasgó el envoltorio y no pudo contener una exclamación de satisfacción al leer el texto del documento que contenía.

—¡Albricias, Dippy! — exclamó sin poderse contener—. ¡Toma y lee!

Muy ufano por la confianza y la familiaridad que el gran jefe le demostraba con aquellas palabras, el presidiario tomó el papel y pasó la vista por él, al tiempo que murmuraba:

—Con su permiso, jefe.

Cuando hubo tomado conocimiento del documento, una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro vulgar.

—Lo suponía—dijo.

—Y, ¿por qué lo suponías?

—Sencillamente, por una cosa que no le había dicho todavía: mister Bill.

—Y, ¿cuál es, si se puede saber?

—Una, muy sencilla. Que esta carta ha llegado aquí traída por un mensajero especial.

Hubo un silencio.

—¿Qué satisfecho debe estar usted, jefe!—dijo Dippy—. ¡Ahí es

riada, después de consumirse aquí diez años, encontrarse, por fin, con el nombramiento de alcaide en propiedad y con carácter definitivo! ¿Qué contenta estará la señorita Mary! ¿Quiere que vaya a avisarla?

—Sí. Pero dile que no se traslade a las habitaciones particulares del alcaide hasta que yo se lo diga.

—Bien, jefe.

Cinco minutos más tarde, Dippy estaba de regreso.

—¡La señorita ha tenido un alegrón! Me ha encargado le diga que vaya cuanto antes a reunirse con ella, porque está impaciente de darle el parabién.

—Ahora mismo voy, pero antes, Dippy, querria que me dijese qué vamos a hacer con esto. Estaba ya harto de botones dorados, mi palabra de honor.

Y Bill Whitlock señaló el uniforme que acababa de quitarse y que yacía sobre una silla, abandonado, como cosa muerta.

—¿Qué le parece a usted, jefe? ¿Lo quemaremos, lo regalaremos o lo rifaremos?

El rostro del gran jefe se ensombreció súbitamente.

—Nada de eso—contestó tras breves instantes de reflexión—. Cuélgalo todo en el armario. No sabemos lo que puede ocurrir...

—¿Que no sabemos lo que pue-

de ocurrir?—repuso muy extrañado Dippy—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué quiere usted que ocurra?

—Yo qué sé...

Pero el optimismo no tardó en renacer en el espíritu del gran jefe.

—Te aseguro—dijo animándose—que no hay nada como la perseverancia en un empleo. Es verdad que me ha tocado pasearme veinticinco años llevando una guerrera con botones dorados; pero, final-

mente, cierto que a costa de muchas fatigas, me ha llegado la recompensa.

—Bien merecida después de los diez años que ha llevado usted aburriéndose en este agujero...

—Claro que la noticia no es todavía oficial; pero, de todos modos...

—¡Si le postergasen a usted—exclamó entonces Dippy con rudo acento de sinceridad—, sería capaz de volar el edificio!

EL NOMBRAMIENTO EFÍMERO

CUANDO Bill Whitlock salía de la oficina para dirigirse a sus habitaciones particulares, alguien le advirtió:

—Su esposa, jefe, me ha rogado le diga que no vaya a cenar a su antigua residencia, sino a la nueva.

—¿A la nueva?—repuso Bill con sorpresa no exenta de desagrado—. ¿Eso quiere decir que mi señora se ha trasladado ya a la casa del alcaide?

—Así parece.

—Bien.

No de muy buen talante, el gran jefe penetró en casa del alcaide. Su mujer, gozosa y sonriente, le salió al encuentro para darle un abrazo;

pero Bill lo rechazó un poco brutalmente.

—¡Bill, amor mío! ¡Qué contenta estoy!

El frunció el ceño.

—Pues yo no lo estoy ni poco ni mucho. ¿No te hice decir por Dippy que no te instalases en las habitaciones particulares del alcaide hasta que yo te lo indicase?

—Calla, calla, si no quieres que me enfade contigo, esposo mío. ¿Ves? Ya estamos aquí. Después que aprovecho el tiempo para hacer las cosas lo más aprisa posible, aun te pones de mal humor y me pones a mí. No he podido todavía arreglarlo todo; pero ¿verdad que es precioso?

—Sí. Pero ya te avisé por Dippy que no te movieras de nuestras habitaciones en tanto mi cargo fuese temporal y llegase el nombramiento definitivo.

—Ya lo sé, Bill. Pero yo no...

—Sí, sí; no sigas.

Hubo una pausa. Por fin, una sonrisa plácida entreabrió los labios de Bill. Ella notó que la tempestad había pasado. Y se atrevió entonces a decir:

—Tú tampoco has esperado a que el nombramiento fuese definitivo para abandonar tu odioso uniforme de los botones dorados...

Y luego:

—¡Ay, Bill!—exclamó—. ¡Qué feliz me siento!

—Suponiendo que podamos seguir aquí...

—¡Bah! no te preocupes, y a cenar, que tengo mucho apetito.

—Yo también. Pero... Ya sabes, Mary, lo supersticioso que soy. ¿Por qué no esperar para instalarnos aquí a que mi nombramiento sea oficial?

—¡Jesús. Dios mío y qué pusilánime que eres! ¿Es que tienes miedo de que tu credencial naufrague como si fuera un barco roto? Ven, Bill, ven...

Como a un niño, le tomó de la mano y le condujo hasta el que entonces había sido suntuoso comedor del antiguo alcalde.

—¿En?—dijo entonces Bill sorprendido—. ¿Que no comemos en la cocina? ¡Hoy no es domingo!

—En verdad, no es domingo; pero, para nosotros, es fiesta señalada. ¿Te parece poco la noticia que me has mandado por Dippy?

—En efecto...

—Estaba deseando precisamente tener un comedor del que pudiera enorgullecerme...—siguió diciendo Mary—. Ahora comeremos siempre en él.

Y añadió con irónico énfasis al tiempo que saludaba militarmente:

—¡Alcaide William Whitlock, a sus órdenes!

Bill sonrió ante aquel gesto infantil.

—Desde hace diez años—dijo entonces Mary recuperando su seriedad habitual—venían desvelándome graves preocupaciones que han quedado disipadas esta noche. Pensaba en el día en que te dijeran: «Gracias por sus treinta años de servicios, capitán Whitlock; pero ya es usted demasiado viejo para un trabajo tan duro.» Nos hubieran dado las gracias, nosotros se las habríamos dado... ¡y luego a ver el modo de acomodarnos lo mejor posible en un asilo!

Aquellas palabras enternecieron a Bill.

—Mary—dijo con voz velada por la emoción— ¿de veras pensabas en eso?

—¡Claro que sí!

—¿Y te preocupaba, naturalmente?

—¡Tú dirás!

Whitlock pasó sus nervudos brazos en torno del cuello de su esposa.

—Pues ahora se acabaron los desvelos y las preocupaciones. Tendremos cuatro mil quinientos dólares anuales durante dos lustros...

—Podemos ahorrar unos tres mil al año—observó juiciosamente Mary—. ¡Ay, Bill, y cuántos sueños podremos ver realizados! Viajaremos y, a nuestro regreso, podremos comprar una pequeña finca, ¿no?

—¿Pequeña? ¡No, mujer, no! ¡Va a ser mucho más grande de lo que tú te crees!

—¡Qué hermosura!

Pero un vago presentimiento asaltó de nuevo al gran jefe.

—¡Oh, calla, calla, Mary!—exclamó—. ¿Y si no fuera verdad? Todavía no es seguro...

—Lo será—afirmó la esposa con esa convicción que sólo da a las mujeres la admiración que profesan al esposo.

Whitlock vacilaba.

—Sí... sí... Claro que lo será... Pero cuando algo es demasiado bueno para ser verdad... uno tiene miedo de que sea demasiado bello el sueño y se esfume al despertar...

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Dippy.

—El nombramiento, jefe—dijo tendiendo a Bill un abultado sobre. Y con una reverencia:

—Quiero ser el primero en felicitarle, señor alcaide...

Whitlock rasgó el sobre y pasó rápidamente la vista sobre el pliego que contenía. Al principio palideció intensamente, y luego enrojeció como la grana.

—¡Canallas!—exclamó.

—¿Qué ocurre?—preguntó Mary alarmada.

Por toda respuesta, Whitlock mostró el papel a su esposa y leyó en voz alta las últimas líneas:

«... y una vez llegue el doctor Stafford, le dará posesión, con carácter definitivo, del cargo para el cual fué usted designado provisionalmente, reintegrándose en seguida a su antiguo puesto».

—Pero, ¿qué significa eso?—interrogó la esposa de Bill pálida como la cera.

—Significa, sencillamente, que han nombrado alcaide a un catedrático. Se ve que hacen falta sabios.

al frente de los presidios... ¡Será divertido, a fe mía! ¡Pobres reclusos! El rancho empeorará; pero, en cambio, les darán lecciones de Psicología, que les harán tanto bien como a mí que me pusieran una cataplasma de violeras silvestres en el cogote.

Mary lanzó un hondo suspiro y musitó sentenciosamente:

—Veinticinco años de sacrificios para elevarte ... ¡y sólo diez minutos de política para hundirte!

—¡Qué le vamos a hacer!—dijo Whitlock con sarcasmo—. Las cosas vienen así. Se ve que los alcaides tienen que ser finos, distinguidos... que puedan codearse con gente de alto copete... como los que están reclusos en el penal. Se ve que yo no soy lo bastante distinguido para presidir la honorable reunión de «gangsters», «racketters», banqueros quebrados fraudulentamente, asesinos condenados a cadena perpetua por reincidencia...

Mary no compartía el resignado modo de pensar de su marido.

—¡Pero esto no puede quedar así!—exclamó con vehemencia—. Tú no has de volver a ponerte el uniforme de ninguna de las maneras... Tú no has pasado veinticinco años trabajando como un negro

para que te dejen ahora en un rincón como un pelele... ¡Eso no puede ser y tú no lo consentirás!

Rabiosa de indignación y de dolor, Mary estalló en un sollozo convulsivo.

Whitlock se encogió de espaldas, se acercó a su esposa y, abrazándola con ternura, le dijo:

—Nada, Mary, nada... No te lo tomes así... Este episodio habrá sido únicamente una lección más que habremos recibido en la vida.

—¿Y de qué nos servirá esa lección?—sollozó la esposa fijando sus húmedos ojos en el rostro grave de su marido.

—A mí, por lo menos, me servirá para conducirme de un modo muy diferente del que me he portado hasta ahora.

En aquel momento, uno de los guardianes de la prisión llamó a la puerta del comedor donde se desarrollaba la dolorosa escena que acabamos de describir.

—¡Jefe, un visitante desea ver a Burkhart.

—Permitale la entrada—repuso Whitlock con tono indiferente.

El guardián quedó sorprendido por aquella respuesta.

—Pero, jefe; es que...

—¡Haga lo que quiera!

—Bien, bien, jefe...

Y el guardián dió media vuelta después de haber saludado ceremoniosamente. Salió de la estancia y, dirigiéndose al visitante, le dijo:

—Pase, señor Wilson.

Este se acercó a la ventana de comunicación. Tan sólo un enrejado metálico le separaba de su interlocutor Burkhart.

El presidiario acercó su rostro a la cortina de tela metálica, cambiando con Wilson una mirada de inteligencia.

—¡Hola, Burkhart!—dijo Wilson en voz baja—. ¿Cómo estás?

—Bien, Lang.

—¿Chitón! Aquí me llamo Wilson y no Lang. ¿Qué ha sido de Miller?

—Peor que yo.

—¿Qué le ocurre?

—Que lo han encerrado desde hace cinco días en un calabozo por hablar más de la cuenta.

—Lo siento, pobre muchacho. Y, hablando de otra cosa, me han dicho que el nuevo alcaide es un tío de los que se las traen.

—Ya lo amansaremos, descuida—contestó Burkhart con tono de firme decisión—. Pero hablemos de nuestros asuntos: ¿Cómo tienes lo del cambio de coches?

—Se necesita tiempo para prepararlo bien.

—Recuerda que no debes excederte de diez mil dólares.

Lang se echó a reír.

—¿Sabes cuánto te cuesta el coche?

—No.

—¡Una miseria! Doscientos dólares.

—Demasiado barato.

—No es demasiado barato: si es bueno. Supongo, Burkhart, que no olvidarás mi parte, ¿verdad?

—La tendrás, no te preocupes: ¿Cuándo «piramos»?

—El lunes, a la una y media de la tarde.

—Bien. Ni una palabra más.

Y acto seguido, Lang se despidió de Burkhart, saliendo del penal para dirigirse al centro de la ciudad, donde almorzó copiosamente, trasladándose luego a una taberna de mala muerte, lugar en el que acostumbraba a reunirse con varios individuos de su misma calaña.

... ..

Si los guardias del penal y la policía de Rowland City hubiesen andado más alerta, seguramente que Lang no hubiese ingerido muchos «whiskys» en aquel tabernucho, sino que aquella misma noche fue-

E L G R A N J E F E

se trasladado al penal para hacer compañía a Burkhart. Y con ello, dos seres inocentes hubiesen dejado de sufrir muchas penalidades y se hubiese evitado la muerte de un celoso agente de la autoridad.

Pero ya sabemos que, en los Estados Unidos, la política impera sobre la autoridad y que, gracias a ocultas influencias, muchos criminales pueden pasearse impunemente y llevar una vida de príncipes.

JUANITO AGUIRRE

A

UNA CELADA CRIMINAL

AHORA vamos a tener el gusto de presentar a nuestras lectoras y lectores a una pareja de novios muy simpática, compuesta por una bellísima muchacha llamada Joan Lawson y un apuesto mancebo conocido por Jimmy Hutchins. Como no estará de más ponerles en antecedentes, diremos que la muchacha estudiaba Derecho en Rowland City, lugar donde se desarrollan los principales episodios de esta narración, y que el chico ocupaba un importante puesto como mecánico en un taller de reparación de automóviles que era, al propio tiempo, el principal garaje y estación de servicio de la población.

Joan y Jimmy acostumbraban a reunirse a mediodía, a la salida de

sus respectivas ocupaciones. Aquel día, la joven quedó sorprendida al ver que su novio había sustituido el mono grisiento de los días de trabajo por uno recién planchado, de azul eléctrico que deslumbraba y que parecía hecho más bien que para trabajar para lucirlo en un desfile de «boys» de revista.

Pero el aire de Jimmy no parecía en consonancia con la elegancia de su vestido.

—Perdóname, Joan—dijo a su prometida así que se hubieron estrechado la mano—. Lo siento mucho, pero hoy no puedo acompañarte.

—¿Por qué?

—Porque esta misma tarde, seguramente, quedará resuelto aquel asunto de que te hablé.

—¿Qué asunto?

—¿No recuerdas que te hablé de un proyecto que tenía en estudio para una nueva clase de motor?

—Sí, ¿Lo has vendido ya?

—¡Poco a poco! No lo he vendido; pero hablé con un tal señor Lang en un cementerio de automóviles. Estuvimos hablando del asunto; le mostré mis planos, en parte, naturalmente, y me dijo que cuando los hubiese terminado, le avisara y que me presentaría a un fabricante de Detroit.

—Supongo que no será Ford en persona.

—Joan, no te tomes la cosa a broma, que de ello depende precisamente nuestra felicidad. El fabricante en cuestión se llama Voohrees. El asunto va en serio, y la prueba es que el hombre me ha hecho ya, a cuenta de la venta de la patente, un anticipo de doscientos dólares.

—¿Doscientos dólares? Y con eso te has comprado ese mono de guardarropía, ¿no?

—¡Claro! ¿Sabes lo que esto significa, Joan? Que el próximo otoño podré ir contigo a clase..., pero no de noche, como ahora, sino durante el día, como todos esos chicos... Pero, perdóname, chica; tengo que largarme. Comeré en un periquete un sandwich y me tomaré una cer-

veza, y me estaré al pie del teléfono aguardando la llamada del señor Lang, que, según parece, será alrededor de la una y media.

—Pues, adiós, Jimmy, y buena suerte.

—Adiós, Joan, y reza por mí, para que dentro de media hora, el alambre telefónico te traiga, o mejor dicho, «nos» traiga, la buena nueva...

* * *

El reloj del garaje marcaba escasamente la una y veinticinco minutos, cuando Jimmy Hutchins cruzó la puerta de entrada y se dirigió hacia la guardarropía, cambiando su flamante mono azul eléctrico por otro descolorido y lleno de manchas de grasa.

—Buenas tardes, Williams—dijo, dirigiéndose a un compañero de trabajo que estaba plácidamente sentado sobre un montón de neumáticos y fumando un pitillo con absoluto desprecio de las ordenanzas que, en previsión de posibles incendios, rigen en todos los garajes del mundo— ¿No me han llamado por teléfono?

—¿Por teléfono?—repuso Williams con extrañeza.

—Sí; por teléfono—insistió Jimmy Hutchins con cierta vehemen-

cia—. Es que estoy esperando un recado urgente.

—¿De tu novia?

—No. De mi novia, no; pero que le interesa a ella tanto como a mí.

—No te entiendo, Jimmy. Hace unos cuantos días que estás un poco raro y te comportas de una manera misteriosa... ¿Qué te ocurre, Jimmy?

—¡Oh! Es un secreto, Williams. Un secreto que no tardará en descubrirse...

—¿Tienes algún negocio en perspectiva?

—Sí, por cierto; y de no poca importancia.

En aquel momento, un individuo, con aire de profunda ansiedad, irrumpió violentamente en el garaje.

—¡Por favor! — exclamó, dirigiéndose a Williams—. Se me ha reventado un neumático y tengo que llevar, precisamente, a mi esposa a la clínica, pues estoy a punto de ser padre.

—¡Jimmy! — gritó Williams, con indolencia.

Pero el timbre del teléfono repiqueteaba, y Hutchins, llenó de impaciencia, corrió hacia el aparato. Momentos después salía precipitadamente de la cabina y se dirigía hacia uno de los coches, que puso inmediatamente en marcha.

—¿Adónde vas? — le preguntó Williams.

—Tengo que ausentarme por media hora.

—Pero, atiende, Jimmy, que aquí hay un caballero que requiere tus servicios. Tiene un pinchazo.

—Pues, que se resteñe la sangre con un pañuelo y luego, que se ponga un poco de tintura de yodo.

—¡Por el amor de Dios! — suplicó el desconocido—. ¡No me deje usted así! Piense que me urge mucho este arreglo. ¡Oh, y es extraordinario lo que me ocurre! No lo entiendo. Y ha tenido que ser hoy, precisamente! En dos años no había tenido ni un solo pinchazo... ¡No lo comprendo! ¡No puedo comprenderlo!

—¡Ah! — replicó con ironía Jimmy, que había saltado ya al pescante del coche y se disponía a accionar el volante—. ¡Es en un neumático donde tiene usted un pinchazo! ¡Yo creía que lo que se había pinchado, era un dedo!

Y salió a toda velocidad, dejando atónito a Williams y al cliente.

—Es incomprensible — dijo Williams—. No acierto a darme cuenta de lo que le ocurrió a Jimmy. En todo el tiempo que está aquí no se había comportado de una manera semejante...

—Bien, bien — dijo el hombre

que iba a ser padre—. Pero, mientras tanto, yo...

—No se preocupe, señor—repuso Williams—. Ahora avisaré al dueño y ya vendrá otro mecánico a cambiarle el neumático...

En aquel momento, la radio, que estaba funcionando, interrumpió su emisión de la tarde para conectar con la Jefatura de Policía.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! Han huido dos reclusos del presidio de Rowland City. ¡Atención a los coches! ¡Detened a todos los vehículos sospechosos! Se ha hecho el recuento en la prisión. Los reclusos fugados son Chuck Burkhart y Buzz Miller. Burkhart tiene treinta y cinco años, seis pies y ocho pulgadas de altura, y pesa ciento setenta libras. Cabello negro, ojos pardos, tez morena, facciones enjutas... Miller, cincuenta años, cinco pies y seis pulgadas de altura; pesa ciento treinta y ocho libras, cabello gris, ojos azules, tez clara... ¡Atención! Los criminales han huido en el coche del alcalde de la prisión, Bill Whitlock, quien ha desaparecido junto con el vehículo... Se cree que este celoso funcionario ha sido secuestrado por los criminales... ¡Atención, repetimos! Son individuos peligrosos. ¡Mucha precaución! ¡Si es necesario, nadie debe vacilar en disparar!

—¡Qué asco!—exclamó el dueño del garaje, que acababa de dar las oportunas órdenes para que se procediese a cambiar el neumático al coche del individuo que tenía a su esposa a punto de ir de parto—. ¡Yo no sé qué hacen las autoridades! ¡Es posible que, con tanta policía como tenemos, y bien armada, unos vulgares criminales huyan de presidio, y, encima, lleven secuestrado nada menos que el mismísimo alcalde y en su propio coche!

—El mundo está perdido—replicó sentenciosamente Williams, sin dejar su sitio de descanso ni su pitillo.

Radio-Policía seguía emitiendo:

—Acaba de encontrarse el coche del alcalde Whitlock. Se cree que los criminales han cambiado de automóvil en virtud de un plan preconcebido. Un vehículo rápido, que les permita alejarse en pocos minutos de las fronteras del país...

Williams se dio una palmada en la frente.

—Un coche rápido... Oiga—exclamó, dirigiéndose al dueño del garaje—. ¿No podría ser Jimmy Hutchins? ¡Su coche es rápido!

—¿Y qué?

—Este muchacho hace días que se comporta de una manera muy rara. No hace más que preguntar si han llamado por teléfono solicitan-

do hablar con él. Además, se ha comprado un mopo nuevo, y últimamente, gastaba bastante dinero... Y ese modo de desaparecer hace un rato, sin querer atender a aquel pobre señor del pinchazo... ¿No le parece a usted muy sospechoso todo esto?

El propietario del establecimiento inició un gesto vago. En aquel momento, Radio-Policía anunciaba:

—La Policía de Haynes Country debe vigilar todos los caminos que conducen al Norte de River Road. Estén al acecho de un coche femal-que muy rápido blanco con guardabarros rojos. Lleva en las puertas la inscripción del Servicio de Transportes, y se supone que su conductor es un joven llamado Jimmy Hutchins. Si le descubren, ¡no vacilen en disparar!

EL ATENTADO

V EAMOS lo que había sido del novio de Joan Lawson.

Al oír la llamada telefónica del señor Lang, el muchacho, ansioso por celebrar la entrevista en la que cifraba todo su porvenir, saltó sobre el coche remolque del garaje, como ya hemos visto, abandonando a su triste suerte al pobre señor cuya esposa estaba a punto de dar a luz, y se lanzó en desenfrenada carrera hacia el lugar donde acababan de citarle o sea en el cruce de las dos principales carreteras del distrito.

Efectivamente, en el cruce se hallaba detenido un magnífico Sedán negro.

—Buen coche tiene el señor Lang!—se dijo Jimmy Hutchins.

Pero, con gran sorpresa suya, no vió allí al citado personaje, sino a otros dos para él perfectamente desconocidos, pero cuyas andanzas ya hemos visto: Chuck Burkhart y Buzz Miller.

Al ver llegar a Jimmy, Burkhart no pudo disimular su alegría. Saltó del coche, y corriendo hacia el muchacho:

—¡A tiempo llegas, gracioso personaje!—exclamó, señalando con huesudo índice las manchas de aceite de que estaba constelado el mono de Hutchins—. ¡Pasa dentro! ¡Deprisa!

Y, dirigiéndose a Buzz:

—¿Ya lo tienes?

Buzz hizo un gesto afirmativo.

—Pues, ponlo en la trasera.

Entonces, con inaudito asombro

por parte de Jimmy, éste vió como Buzz sacaba a peso de brazos del interior del Sedán, el cuerpo inanimado de un hombre de fuerte complexión, que no era otro sino el propio Bill Whitlock en persona.

—¡Eh! ¿Qué es esto?—gritó Hutchins, en el colmo de la sorpresa—. ¿Qué están haciendo ustedes? Y ¿qué pretenden de mí? Yo he venido aquí para entrevistarme con el señor Lang y no para tomar parte en ningún secuestro.

Pero Burkhart, friamente, sacó un revólver del bolsillo y lo encaró contra el rostro de Jimmy, mientras Buzz Miller, con un alarde de fuerza y de destreza extraordinaria, depositaba en la trasera del coche de Hutchins el cuerpo de Bill Whitlock.

—¡Manos arriba! —gritó Burkhart—. ¡Y si te mueves, te abrazo los sesos! ¡Anda, sube al pescante y pírelos a toda prisa!

Y como Jimmy intentara resistirse, el miserable, de un empujón, y sin dejar de apuntarle, le obligó a subir al coche, sentarse ante el volante y poner el coche en marcha.

—¡Adelante, y cuidadito con lo que haces, si no quieres que te despache para el otro mundo!

Sin duda, Burkhart estaba acostumbrado a llevar a cabo fechorías de aquella índole, pues subió al co-

che sin vacilar, situándose junto a Hutchins sin dejar por un solo instante de apuntarle con su revólver.

Y entonces dió comienzo una carrera desenfrenada. Jimmy, que no tenía otro remedio que obedecer, conducía, bien a su pesar, de una manera magistral. Avisados por la radio, motoristas de la policía y coches particulares se lanzaban en persecución del vehículo guiado por Hutchins. Éste hacía evolucionar su vehículo de la más peligrosa manera, dando fuertes virajes y desorientando en los cruces a sus perseguidores. Pero éstos, surgían a cada momento de las carreteras, y era indiscutible que no tardarían en dar cuenta del automóvil fugitivo.

Buzz, que vigilaba a Whitlock, lo comprendió así, y como no era hombre que se parase en barra, echó mano a su pistola-ametralladora, y empezó a disparar contra los que que le perseguían. Y esto fué, precisamente, lo que lo perdió. Whitlock, que había ido recobrando poco a poco el conocimiento y que, dándose inmediata cuenta de lo sucedido, hizo todos los posibles para no perder su sangre fría, se irguió cuando menos lo esperaba su guardián, y de un manotón, le arrebató el arma.

Si Whitlock hubiese podido llevar a cabo este último audaz uno-

segundos antes, hubiese salvado una vida. En efecto: la última descarga de Buzz Miller hizo blanco, derribando a un motorista que cayó al suelo de bruces para no levantarse más.

Una lucha a muerte se entabló entre el alcaide del presidio de Rowland City y el fugado Buzz Miller. Una lucha cuyo final Dios sabe cuál hubiera sido, si en aquel momento, el coche, acribillado literalmente a halazos por los motoristas, ávidos de vengar la muerte de su compañero, no se hubiese despeñado por un terraplén.

Burkhart, viéndolo todo perdido, sólo pensó en ponerse en salvo. Pero Whitlock vigilaba, Buzz Miller había quedado muy magullado por el choque, mientras que Bill, milagrosamente, había salido del percance casi sin ningún rasguño. Oprimió el gatillo de la pistola que había quitado a Buzz y disparó. Burkhardt se desplomó sin vida.

A Miller le estaba reservada igual suerte. Una ligera desviación del arma, bastó para que el miserable tuviese su merecido. La bala le perforó el corazón, quedando tumbado en tierra como si estuviese dormido.

Bill Whitlock pensó entonces en ocuparse del joven que conducía el

coche. ¿Quién debía ser? Un cómplice de Burkhardt y de Miller, seguramente. Debía estar muy mal herido, a juzgar por los gemidos que exhalaba. Se revolvía desesperadamente sobre su asiento y se llevaba las manos al pecho, como si le faltase el aire.

Pero, en aquel momento, Bill Whitlock observó algo que seguramente había caído en el fondo del coche durante la lucha, y que le llamó poderosamente la atención. Era un saquito negro, repleto de billetes, algunos de los cuales se habían desparramado por el suelo...

Con un gesto rápido, el alcaide se apoderó del tesoro y lo metió en su faltriquera. Era tiempo. Los policías motoristas rodeaban el coche, y, con las ametralladoras en alto, observaban si existía algún peligro para ellos...

Incapaz de resistir a tantas emociones sucesivas, Bill Whitlock sintió que sus ojos se oscurecían, y cayó desmayado sobre el cuerpo de Buzz Miller. Cuando despertó, se hallaba muellemente recostado en su cama, y a su lado, Mary le prodigaba los más delicados cuidados, asistido por el fiel Dippy, que contemplaba a su jefe con ojos asustados.

EL ACUSADO INOCENTE

VAYA, no os preocupéis, que no ha sido nada—dijo alegremente Whitlock así que hubo recuperado sus facultades—. Unos cuantos porrazos, eso sí, pero, si Dios quiere, espero que no sea nada.

—Únicamente, lo que debe hacer usted, señor alcalde—dijo entonces una voz procedente de un individuo que se hallaba semiculto por la penumbra que reinaba en el dormitorio de Bill Whitlock—, es dormir durante un par de semanas en una cama bien blanda.

—¡Ah! ¿Es usted, querido doctor?

Era el médico de la prisión que enterado de lo que había ocurrido al alcalde, se había apresurado a correr en su auxilio.

—Afortunadamente, no presenta usted más que leves rasguños y un ligero magullamiento. Ni siquiera le receto nada. Con su permiso, voy a retirarme.

—Muy bien, doctor, y agradecido. Puedes marcharte tú también, Dippy.

Cuando marido y mujer quedaron solos, Mary abrazó con cariño a Bill Whitlock.

—¡Eres un héroe!—exclamó—. ¡Sí, sí! ¡Un héroe! ¡Tenías que haber oído la radio! Daba gusto: no se hablaba más que de ti. Estoy segura de que mañana ocuparás las primeras páginas de todos los periódicos.

—¡Ya pueden publicar mi retrato, ya! Les he dado materia para una información sensacional. Peño, en fin, que les haga buen provecho.

—Lástima—siguió diciendo Mary—que te hayas estropeado este traje nuevo. Tendrás que comprarte otro en seguida, porque, después de lo ocurrido, la junta del penal no te dejará marchar de ninguna de las maneras.

Whitlock se echó a reír.

—Eso sí que me preocupa poco, querida Mary. Si la junta en pleno se me pusiera de rodillas pidiéndome que aceptara el cargo, ¿a qué no sabes lo que le contestaría?

—Sí ya lo ha dicho la radio.

—¿De veras? Y ¿qué te ha parecido?

—¡Estupendo!

—Sí pero no has oído esto... Burkhart llevaba un saquito negro, que se abrió, derramándose. ¡Estaba lleno de dinero! Billetes, ¡y de los grandes! ¡No de la clase que tú gastas!

—Y ¿de dónde procedía ese dinero?

—Aquellos individuos lo habían amontonado durante años, producto de sus fechorías y andanzas... Y lo guardaban en aquel saquito negro. Bueno: los dos han muerto, ¿entiendes? Y aquí estoy yo, sin blanca, y sin empleo, después de veinticinco años de apuros, cuando cálate que se me viene a las manos una suma de dinero como no había visto jamás en mi vida. Mary, ¡Ahí

es nada! ¡La mayor finca del mundo, si queremos! ¡Todo cuanto nos apetezca... ¡y esto es un robo! Este dinero no pertenece a nadie actualmente, y aunque yo quisiera restituirlo, no sabría a quien hacerlo. Por consiguiente, no causamos ningún perjuicio a nadie quedándonos con él.

El rostro de Mary se ensombreció. Aunque no estuviese conforme con el punto de vista de su marido, no quiso contradecirle por no fatigarle, pues se iba a las claras que Whitlock, derrengado por las emociones y las fatigas de aquella histórica jornada, se estaba durmiendo. Mary le dio las buenas noches, y, pocos minutos después, el alcalde del penal de Rowland City roncaba como un bendito.

* * *

Al día siguiente, cuando Bill Whitlock hubo despertado, lo primero que le preguntó su esposa fué dónde estaba el dinero.

—Lo envolví y lo escondí bajo una roca — repuso Bill—. Estaré tranquilo, que no se perderá ni lo descubrirá nadie pues lo he oculto muy bien.

—No es eso lo que me preocupa, esposo mío—dijo entonces Mary—. No me refería a eso.

—¿Pues, a qué?

—Yo querría decirte una cosa, Bill, mas temo que te enfades.

—Di, Mary, y te prometo no ponerte mala cara.

—Pues bien, Bill. Reflexiona bien lo que voy a decirte: no podemos quedarnos con ese dinero porque no nos pertenece.

—Bien. Pero yo no puedo devolverlo a Miller y a Burkhart. ¿verdad? Están muertos, gracias a Dios y a mi buena maña, pero aunque no lo estuvieran, no creo que se le ocurriese a nadie que tuviese la cabeza bien sentada restituir a esos dos canallas el producto de sus depredaciones.

—Pues, devuélvelo a quien corresponda o te plazca. Yo no lo quiero.

—Yo, sí. Nos pertenece, es nuestro, y ya te dije anoche que a nadie perjudicábamos quedándonos con él.

—Bill: los bienes mal adquiridos, a nadie han enriquecido. No olvides esta sentencia.

Aquí, Whitlock se puso violento.

—Así, ¿tú crees sinceramente que este dinero es mal adquirido? De modo que esos dos desalmados huyen del penal, me secuestran, me roban el coche, me llevan en él después de aporrearme hasta hacerme perder el conocimiento, sabe Dios con que propósito, yo logro rescio-

nar, y con grave riesgo de mi vida acabo con los dos delincuentes, ¡y te parece que después de todo ello no merezco esa recompensa!

—Los actos de honradez y de justicia no se recompensan nunca con dinero, Bill. Esas cosas no pueden tener otro premio que la íntima satisfacción del deber cumplido.

—Muy bien, Mary. Pues mañana, a la hora de preparar la comida, pon a cocer un par de lonchas de satisfacción de esa que tú dices, y ya verás lo apetitosas que están. Además, según me ha dicho el médico del penal, ese manjar es muy bueno para el hígado y contiene muchas vitaminas.

—Bill, este asunto es demasiado serio para que te lo tomes a chacota. Ese dinero, te lo repito, ¡no puede hacernos felices!

A ti, que eres una ilusa, quizá no. A mí, sí.

—¿Tú no harás eso, Bill! Tú eres un hombre recto y honesto! Restituye el dinero, te lo suplico. Entrégaselo a...

—¿A quien? Medítalo bien, Mary. ¿A la junta del penal? ¿A los mismos que se atrevieron a despedirme? ¿Quieres que se lo entregue a ellos, para que se lo repartan entre sí, probablemente?

—Te comprendo muy bien, Bill..., pero ese dinero me da miedo. Que-

darnos con él, no me parece una acción muy correcta.

Whitlock dió una palmada cariñosa en el hombro de Mary.

—No tiene nada de malo lo que vamos a hacer. Reflexiónalo bien. Ese dinero no es otra cosa que la compensación de la trastada que me ha hecho la junta, despidiéndome después de veinticinco años de servicios. ¿Te has dado bien cuenta de ello, Mary?

Casi al mismo tiempo en que Mary y Bill sostenían este diálogo, se desarrollaba una dolorosa escena en casa del abogado Lawson, cuya hija Joan, como sabemos, estaba prometida con Jimmy Hutchins.

Transida de dolor, sollozante, la pobre muchacha se esforzaba en convencer a su padre para que aceptase la defensa del joven inculpado, Lawson hacía cuanto podía para eludir la cuestión.

—Pienso, hijita—le decía—, que se trata de un asunto muy delicado y que yo no puedo intervenir así como así.

—¡Ah, si yo hubiese terminado ya la carrera! ¡Con qué entusiasmo me lanzaría a la defensa de ese inocente! ¡Cómo haría resplandecer la verdad!

—¿Y cómo lo sabes tú, que la

verdad, en este caso, es la inocencia de tu novio?

—¡Ah, de eso sí que estoy segura!—exclamó Joan con vehemencia apesionada—. Le conozco muy bien, y sé que es incapaz de cometer el menor delito. Estoy convencida de que le han hecho caer en una asechanza y que nada tiene que ver con el secuestro del alcaide Whitlock.

—Sin embargo, la declaración de la policía es tajante. Dicen que fué él quien disparó contra el motorista John Rankin, causándole la muerte.

—Ya es buena puntería, ya, guiar un coche a toda marcha y, sosteniendo el volante con una mano, hacer fuego con la otra, y, además de fuego, blanco. Esas cosas no ocurren más que en las novelas policíacas, y aun sólo en las malas, de las de a dos centavos cuaderno. Además, atiende, papá, y verás si llevo o no razón y si me baso en la lógica o estoy ofuscada por el intenso amor que profeso hacia Jimmy. Supongamos que, como pretende la policía, Hutchins fuera uno de los cómplices de Burkhart y Miller. En tal caso, ¿me hubiera hablado ayer del negocio que tenía en perspectiva con la naturalidad y el entusiasmo que lo hizo? ¿No es más razonable suponer que estuviera nervioso, in-

quieto, dada la envergadura del fregado en que iba a meterse y del enorme riesgo que para él significaba la comisión de semejante delito?

Lawson escuchaba a su hija con admiración de profesional y con orgullo de padre.

—¡Buena alumna!—exclamó, sin poderse contener, y abrazándola cariñosamente. Razonas como el más experimentado de los letrados, y te auguro grandes éxitos en el foro cuando te licencies en Derecho. Me has convencido. Vamos a intentar salvar a tu novio, y, para ello, lo primero que haremos, será ir a la prisión donde se halla detenido, para proceder a su interrogatorio.

Pero ello fué inútil. Cuando padre e hija se presentaron en la prisión, y a pesar de alegar el primero su condición de abogado defensor del detenido, los guardianes no les permitieron entrevistarse con Hutchins, alegando, en primer lugar, que éste se hallaba sometido a rigurosa incomunicación y, además, que las heridas que había recibido eran de tal gravedad, que todavía no se había podido proceder a su interrogatorio.

—No creo que se salve, señor —dijo sentenciosamente un sargento de la policía que se hallaba presente—. Pero aunque así fuese, ni usted ni todos los abogados del mundo juntos, serían bastantes para salvarle de la horca...

UN ERROR JUDICIAL

HASTA al cabo de dos días, Jimmy Hutchins no pudo ser interrogado por la policía, debido a la gravedad de su estado.

A las generales de la ley contestó ser mecánico de profesión, no haber conocido a sus padres y haber recibido educación en un colegio de huérfanos.

—¿Cuándo saliste de él? — le preguntó Dawes, uno de los policías que procedían al interrogatorio.

—Hace seis años. Unos campesinos se presentaron en el benéfico establecimiento diciendo que querían adoptar a un muchacho, y se me llevaron. Me hacían trabajar de sol a sol como a un burro de carga, y me alimentaban con sopas de maíz

y alguna que otra paliza. Y, comprendiendo que si continuaba de aquel modo, pescaría una tisis, me escapé. Desempeña varios oficios, y por fin, entré en un taller de reparaciones de autos, donde aprendí a hacer de mecánico. Y vine a Rowland City hace cuatro meses.

Dawes consultó con la mirada a su compañero.

—¿Qué te parece, Lait?

—Nada. Continúa el interrogatorio.

—¿Con qué finalidad viniste a Rowland City?

—Una muy sencilla. Quería asistir a la escuelas nocturnas y estudiar para abogado.

—A todos los grandes criminales—pronunció despaciosamente y sen-

tenciosamente Lait, con tono de Sherlock Holmes de pega—les tira mucho al Derecho.

—¡Yo no soy ningún criminal!—protestó Jimmy Hutchins.

—Mucho te va a costar demostrarnos lo contrario. Te vamos a dar una oportunidad. Habla sin rodeos, confiesa la verdad, y de este modo, es posible que el jurado sea indulgente contigo. Tú viniste a Rowland City por tu propia voluntad, o bien llamado por Burhart y Miller?

—Ya he dicho que esos dos perillanes no los conocí hasta el día de autos. ¿Se dice así, verdad?

—Sí. Pero por ese camino de irlo negando todo, no vas a llegar a ninguna parte como no sea a la horca. A ver, explícate cómo se desarrollaron los hechos.

Jimmy relató entonces con todos sus detalles sus estudios sobre el proyecto de una nueva clase de motor, cómo tuvo oportunidad de hablar sobre el particular a un tal Lang, y el ofrecimiento que le hizo éste de presentarle al fabricante de automóviles de Detroit, señor Voorhees.

—Aparte de ese Sr. Lang—preguntó entonces Lait—¿a quién más enseñaste los planos del motor?

—A nadie absolutamente.

—¿Los tenías presentados en el Registro de Patentes?

—No. Todavía, no. No estaban pasados en limpio y menos hechas las copias necesarias para ello.

—¿Y no tienes ningún otro diseño? ¡Muéstramelo!

—No tengo ningún otro. Solamente tenía el original, y lo estaba terminando para mostrarlo al señor Voorhees.

—Bien. En los cuatro meses que estuviste empleado en la Estación de Servicio, ¿conocerías a muchas personas, verdad? Clientes y otros...

—En efecto.

—Y ¿no hablaste a ninguna de ellas de tu invento?

—No. Sólo al señor Lang.

—Nos gustaría conocer a ese caballero.

—En cuanto yo pueda hablar con mi abogado le encargaré las gestiones pertinentes para su busca.

—Muy difícil será que aparezca ese señor Lang, que sólo existe en tu fértil imaginación. Pero, en fin, si es tu gusto seguir adelante la comedia...

—¡Yo no estoy haciendo comedia! ¡Digo estrictamente la verdad, y si, como yo espero, y contrariamente a lo que ustedes suponen, ese señor Lang aparece, él podrá corroborar la certeza de las afirmaciones que les estoy haciendo.

Dawes cerró los ojos, se pasó la mano por la frente, como si quisiera

reconcentrar su atención, y luego:

—El único ejemplar existente de esos planos—preguntó—, dices que estaba en el asiento delantero del coche.

—Sí.

—Pues es muy extraño intervino Lait— Hemos buscado minuciosamente en el lugar del suceso; se han tomado incluso fotografías de aquellos alrededores... ¡y no se ha encontrado nada! Jimmy: ¡tú estás mintiendo!

—Yo digo la verdad exacta—insistió Hutchins.

Fué Lait quien hizo entonces a Jimmy una racha de preguntas.

—¿Cuanto te dieron por prestar el coche a los criminales y conducirlos adonde ellos te mandaran.

—Ya he explicado cómo se desarrollaron los hechos. Efectivamente, yo conducía el coche, pero es porque Burkhart me encañonaba con una pistola.

—La misma que utilizaste para matar a John Rankin, ¿no?

—¡La pistola de Burkhart no estuvo nunca en mi poder! ¡Si así hubiera sido no hubiese vacilado ni un solo instante en disparar contra él y despacharle para el otro mundo!

—A pesar de que te había dado dinero a cuenta de tu fechoría, ¿no?

—¡He dicho ya varias veces que yo no conocía ni a Burkhart ni a Mi-

ller! Les vi aquel día por primera y última vez.

—Tú sabías que iban a fugarse, escondiéndose en la trasera del coche del alcalde, y te prestaste a sustituir, en un momento determinado, el automóvil del señor Whitlock por el que tú guiabas. Y por ello te dieron dinero.

—A mí no me dieron ningún dinero.

—Entonces, con el escaso sueldo que ganas, teniendo novia, lo cual siempre origina algún gastillo, ¿cómo es que en el bolsillo del mono nuevo que acababas de comprarte y que dejaste en la guardarrorpi de la Estación de Servicio, hemos hallado ciento noventa y dos dólares?

—Porque el señor Lang me dio doscientos como paga y señal de la compra de los planos que debía adquirir el señor Voohtres.

—Dos personajes que no han existido nunca, Jimmy: te vamos a dar la última oportunidad. Confiesa de plano tu intervención en el asunto. Todas las pruebas están en contra de tus aseveraciones. Tu compañero Williams confesó que habías salido con el coche remolque.

—¡Naturalmente! Porque el señor Lang acababa de telefonarme diciendo que fuera en seguida a reunirme con él en el cruce de la carretera y que allí me presentaría al

señor Vedhrees, con el cual sólo tendría tiempo de hablar breves minutos, ya que se dirigía al aeropuerto para tomar el primer avión con destino a Detroit.

—No está mal la fábula... Lo que es imaginación, no te falta. Allí tú. Puesto que te empeñas en negar la verdad, no tenemos otro remedio que levantar un atestado haciendo constar tu proceder y tu resistencia a facilitar las investigaciones de la Justicia. Y, después, ya te las compondrás, primero con el juez y luego con el fiscal, los cuales, ante tu terquedad, serán seguramente muy poco indulgentes. Y, en última instancia, el jurado decidirá, aunque no creo que se entretenga mucho en dictar el veredicto. Son gente muy práctica en la materia y no se les engaña: así como así...

Fueron vanas las protestas del muchacho ante el atropello manifiesto que significaba la intolerable coacción de Dawes y de Leit, quienes, contra toda razón y derecho, extendieron un acta afirmando que aunque convicto, el criminal se negaba obstinadamente a confesar su participación en el hecho y a revelar sus relaciones con los cómplices.

Aquella mañana, Bill Whitlock había almorzado con poco apetito.

Sabía que dentro de pocas horas tendría lugar la vista del proceso contra Jimmy Hutchins, y temía por la suerte del muchacho.

Naturalmente que una declaración suya hubiese sido suficiente para salvarle, pero, en tal caso, Whitlock tenía que rectificar el atestado redactado a raíz de su secuestro por Butkharf y Miller, y ello, naturalmente, en perjuicio de su proyecto de adueñarse del tesoro de los dos criminales.

Mary no pudo menos que darse cuenta del estado anormal de su marido.

—¿Qué te pasa, Bill?—le dijo—. ¿Dices que te ocurre alguna cosa?

—¿Por qué?

—No sé. Pero hoy, te encuentro muy cambiado.

—¿Muy cambiado?

—Sí... No sé, pero... No te enfades, Bill, pero tienes la misma expresión que si acabaras de cometer un crimen.

—¿Yo, un crimen? ¡Pero, esposa mía! ¡Tú deliras o estás loca!

—Quizá sí, pero no me negarás que tu aspecto no es el de los demás días. Mírate a un espejo y te convencerás de ello.

Whitlock iba a contestar cuando Dippy entró para anunciarle la visita del fiscal.

—Que pase—contestó Bill, muy malhumorado.

No le faltaba más que aquella visita. Estaba visto que iba a pasar una mala jornada.

El visitante saludó muy cortesmente al alcalde interino de la prisión de Rowland City.

—¿A qué debo el honor de su visita?—preguntó Bill Whitlock.

—En primer lugar, a mi deseo de tener el gusto de saludarle y saber cuál es su estado de salud después del atentado de que fué objeto.

—Muy agradecido, señor fiscal. Me place decirle que, gracias a mi robusta complexión ya los cuidados del médico del penal, que es una verdadera maravilla en la ciencia de Esculapio, me encuentro como si nada hubiese ocurrido.

—Lo celebro extraordinariamente. Y, digame: ¿qué le pareció la declaración que Jimmy Hutchins hizo ante la policía?

Bill quedó un poco desconcertado. No esperaba aquella pregunta, y menos formulada por el fiscal. A pesar de su temperamento sereno y frío, se sentía un poco acorralado.

—A decir verdad, no sé qué pensar de ella, señor fiscal. Lo único que sí puedo afirmarle, es una cosa: que estoy convencido plenamente de la inocencia del muchacho.

—¿Ah, sí?

—Sí.

El fiscal adquirió un continente severo.

—Me parece, Bill, que le ha caído a usted un chaparrón con la declaración del muchacho cuando me viene ahora con ese cuento.

—Sí, tiene usted razón. Mire usted: cuando ayer leí la declaración de Jimmy, todo acudió a mi memoria, y estoy seguro de que no le alcanza la menor culpabilidad. Cuanto más pienso en ello, más convencido estoy de que Burkhardt le dijo todas aquellas cosas.

El fiscal escuchaba a Bill con atención. Su rostro se volvía grave, y a todas luces podía apreciarse que dudaba de la buena fe del alcalde.

—Sería mejor—dijo tras breve reflexión—que lo volviera usted a pensar. O fué perjuro el otro día, Bill, o lo es ahora, indefectiblemente.

—Yo compeadezco a ese chico tanto como usted—repuso Whitlock, que ya no sabía cómo salir del aprieto—. Pero temo que sea demasiado tarde para rectificar las primeras declaraciones hechas ante el Juzgado. No serviría de nada. La policía ha declarado culpable a Jimmy.

—Vea si puede aportar alguna

prueba de valor que le salva, Bill— insistió el fiscal.

—No tengo ninguna—afirmó el alcaide interino, mintiendo descaradamente.

—¡Qué lástima!—insistió el fiscal. Y luego, añadió: —¡Si pudiera usted sacar aquel plano de un sombrero, como un prestidigitador! De otro modo, es un caso perdido.

—No puede ser un caso perdido —dijo entonces Whitlock, reaccionando— porque yo estoy convencido de que es inocente. ¡So lo aseguro! ¡Es inocente! Y le digo más: ¡si condenan a muerte a ese muchacho, tendrán que buscar a otro para que dé la orden de ahorcarlo, porque yo no lo haré!

—La justicia no puede tener en cuenta opiniones, aunque emanen de testigos de mayor excepción, como es usted—contestó el fiscal, friamente—. En fin: dentro de una hora se celebrará el juicio. Hasta entonces, tiene usted tiempo para reflexionar.

Tendió la mano a Whitlock, sin efusión, y, saliendo a la calle, subió a su auto y se dirigió a la Audiencia, adonde ya Jimmy Hutchins había sido ya conducido, debidamente custodiado por una pareja de policías para oír de labios del jurado el resultado de la deliberación.

* * *

—¡Audiencia pública!

A la voz del secretario, que declaraba abierto el juicio, una multitud de curiosos penetró tumultuosamente en la sala. Ninguno de los presentes pudo reprimir un movimiento de irrefrenable simpatía por el acusado, junto a quien, por concesión especial del Tribunal, se hallaba su prometida, Jean Lawson, cuyo padre, como sabemos, se había encargado de la defensa de Jimmy Hutchins.

El juicio fué breve, como acostumbra ocurrir en Norteamérica en casos análogos, pues quedó reducido a la lectura del apuntamiento de los hechos, un corto discurso del fiscal y la alocución de la defensa, que si bien fué elocuentísima, tuvo muy poco valor foral, puesto que el procesado no pudo presentar ni un solo testigo de descargo, ya que Lang, el único cuya declaración hubiese podido salvarle, había desaparecido sin que se pudiese dar con su paradero, a pesar de los numerosos exhortos dirigidos por el juzgado.

El fiscal elevó a definitivas sus conclusiones provisionales, pidiendo para el procesado la pena de muerte por complicidad en el secuestro de Bill Whitlock y homicidio de John Rankin.

Retiróse el jurado a deliberar, y



—Ahora, Mary—dijo Whitlock—, se acabaron los desvelos y las preocupaciones...



—Está a ya harto de botones dorados, mi palabra de honor—dijo Bill Whitlock a Dippy.



Por concesión especial,
Joan se hallaba junto a Jim-
my en el banquillo de los
acusados.



—¡Soy inocente! —repi-
tió Jimmy Hutchins.



—Supongo crees que tengo algún resentimiento contra ti—dijo Bill Whitlock.

—Fue una lástima que no aceptases el consejo que te dió la policía—dijo Bill Whitlock a Jimmy Hutchins.



—Yo no quiero clemencia. Lo que quiero es justicia.



En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Era Lawson.



—¿Recuerda lo de la pistola? ¿Recuerda que me amenazaron?



Por una alcantarilla los desperados lograron abandonar el penal.



Dippy sacudió a Jimmy,
agarrándole por el hombro.



Dippy intentó al muchacho.
Llegaron, incluso, a
las manos.



Sólo encañonándole con la pistola pudo Dippy conseguir que Jimmy se pusiera al volante.

Dippy resultó mortalmente herido.



Momentos después expiraba el alcalde...



Dippy aun tuvo ánimos para incorporarse y luchar con Whitlock.

al cabo de unos diez minutos, el Presidente del mismo dió al Presidente del Tribunal el resultado de la deliberación. En el gesto que se dibujó en el rostro de este último, se pudo ver bien claramente que era adverso para Jimmy.

—Ha sido usted formalmente juzgado, Jimmy Hutchins—pronunció entonces con voz grave y pausada el representante de la Ley—, y el Jurado le considera y declara culpable de los crímenes de que fué acusado. No pasaría ya ahora por el doloroso trance de pronunciar tan grave sentencia, si el acusado conforme al consejo que le fué dado durante la tramitación del sumario, hubiese declarado la verdad, confesándose autor de un homicidio involuntario.

—¿Y, por qué he de reconocer culpas que no tengo? ¡Soy inocente!—exclamó con voz vibrante de

sinceridad y de indignación a la vez Jimmy Hutchins, desde el banquillo de los acusados.

El representante de la Ley no hizo caso de la interrupción, y siguió diciendo:

—Jimmy Hutchins: la sentencia del Tribunal, de conformidad con el veredicto del Jurado, le declara culpable, condenándole a la última pena y ordenando sea entregado al alcaide de la penitenciaría del Estado, donde, durante la semana que empieza, el lunes día doce de septiembre próximo, el mencionado alcaide ordenará se proceda a la ejecución de la sentencia en la forma que prescribe la Ley.

Un murmullo de desaprobación acogió estas palabras. Pero el representante de la Ley no quiso dar ocasión a efusiones públicas y con voz breve y seca, se limitó a anunciar:

—Se levanta la sesión.

EL CINISMO DE LANG

FUE una lástima, Hutchins, que no aceptases el consejo que te dió la policía. El Jurado jamás hubiese hecho eso contigo, sobre todo, si te hubieses confiado a la clemencia del Tribunal.

Así hablaba Bill Whitlock a Jimmy Hutchins, momentos después de ser éste conducido nuevamente a la prisión, después de dictada la sentencia por el Tribunal de Rowland City.

—No quiero clemencia—repuso con arrogante dignidad Jimmy—. Lo que quiero es justicia.

—Tú sabrás lo que haces. Yo, me limito a cumplir un deber. Al entrar en la celda, como ahora ya no se te considera como a un detenido en trámite de procesamiento, sino

como a un penado en vísperas de ejecución, tendrás un reglamento. Cúmplolo... y procuraremos hacerte las cosas lo más llevaderas posibles.

Jimmy contempló de hito en hito al alcaide, como si quisiera desafiarlo con la mirada.

—¿Qué es eso de «llevaderas»? —exclamó, indignado—. Una cuerda de seda... para ahorcarme. La obediencia no puede reportarme ningún beneficio. El beneficio, en todo caso, será para usted.

Whitlock encajó el golpe. Dió media vuelta y abandonó al recluso, sin decirle siquiera adiós.

Pero la conciencia lo remordía. Hubiese querido hacer algo por Hutchins, pero no sabía cómo arreglarse para salvarlo sin comprometerse.

De momento, hizo llamar a Dippy y le dio instrucciones con relación al nuevo recluso.

—Que le traten lo mejor posible y que no le falte nada.

Dippy abrió unos ojos como naranjas al escuchar tan extraña orden de labios del gran jefe, pero, acostumbrado a la obediencia, no formuló la menor observación y corrió en seguida a transmitir las oportunas instrucciones a los guardianes.

Cuando se hubo explicado, el policía que guardaba la celda de Jimmy se quedó atónito.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿De manera que no tiene que sujetarse al reglamento común?

—En absoluto. ¡Lo manda el alcalde y punto en boca! Disfrutará del confort de un gran hotel.

Momentos más tarde, Dippy penetraba en la celda del prometido de Joan Lawson.

—He venido—le dijo—para hacerle saber una cosa. El alcalde te tiene mucha simpatía. Portate bien y él hará cuanto pueda para que terminen tus fatigas.

En lugar de mostrarse satisfecho, Jimmy arrugó el entrecejo.

—¡Ya, claro!—replicó—. Es tan honrado, que hasta me envía un soplón para que actúe por su cuenta. Es tan granuja como los demás...

—Bueno, bueno ... —contestó Dippy—. Si te lo tomas así...

—Déjame en paz, ¿quieres? Lo pensaré.

—Bien. Guardia: el nuevo penado se porta muy bien. Obedece las órdenes que se le han dado, ¿sabes? De manera que procura que le den un poco de pastel en la cena.

—Conforme—se limitó a decir el guardia, que no comprendía de ninguna manera que se diera semejante trato de preferencia a un condenado a muerte por asesinato, y nada menos que por asesinato de un agente de policía en acto de servicio.

Al amanecer del día siguiente, Jimmy tuvo el primer incidente con los guardianes. Al toque de diana, se abrió la puerta de su calabozo, y uno de aquéllos sacudió violentamente a nuestro protagonista.

—¡Arriba!—le dijo—. ¡Levántate y muévete, que es la hora de hacer ejercicio! ¿No conoces el reglamento?

—¡Ya lo creo!—contestó Hutchins, que estaba, y con motivo, de un humor de perros—. Pero yo acostumbro hacer ejercicio cuando me da la gana y no cuando lo quieren los demás.

—¡Ah, bandido! Ya te amansaré, ya, no te preocupes—exclamó el guardia—. ¿Con que, desobediencia, eh? ¡Ya sabrás aquí como las

gastamos con individuos de tu calaña!

Y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, aporreó al pobre Jimmy en tal forma, que lo dejó hecho un «Ecce-Homo».

—¡Canalla!—rugió Jimmy.

Atraído por el escándalo que se había armado en la celda del novio de Joan, Whitlock no tardó en comparecer. Ordenó al guardia que se retirase y luego se dirigió al preso, en tono persuasivo, diciéndole:

—Hutchins: cuando entraste aquí te dije que, si te portabas bien, todo marcharía a pedir de boca.

—¡Y yo le dije que soy inocente!

—Sí, claro—pronunció entonces Whitlock con amarga ironía en la voz— Todos somos inocentes.

Y luego, como si acabara de darse cuenta del lamentable estado de Jimmy, después de la paliza que le había propinado el guardián:

—¿Qué es eso? ¿Te has caído por la escalera?

Jimmy contempló a Bill de hito en hito.

—Sí—repuso—. Aquí todos caemos por la escalera.

El guardián, que a pesar de la orden de Whitlock de que se retirase, había permanecido muy cerca de la puerta de la celda donde se hallaba encerrado Jimmy, intervino, oficioso:

—¿Quiere que le ponga incomunicado, señor alcalde?

—No.

El gran jefe dió media vuelta y salió del calabozo. A los pocos pasos, se encontró con Dippy.

—Me alegro de que no le castigues, jefe—dijo el penado, aludiendo a Jimmy—. El chico es inocente.

—¿Cómo lo sabes?

—Le metieron en un fregado.

—A todos os metieron en un fregado. A ti también, ¿no es verdad, Dippy?

—Sí, jefe; también. Ya se lo dije a usted... Pero ese chico..., le compadezco mucho.

—¿Es que quieres llevarle juguetes para que se divierta? ¡Calla! He tenido la gran idea, Jimmy, no sé si lo sabes, es inventor. Le daremos lápiz y papel para que dibuje los planos que le parezca. Y ahora, Dippy, ¡lárgate de aquí!

EL REMORDIMIENTO DE WHITLOCK

AQUELLA misma tarde, el alcaide, que no conocía el sosiego desde la condena a muerte de Jimmy, hizo que éste fuese conducido a su despacho por dos guardias, ordenándoles luego que se retiraran.

—Te he llamado para hablarte un momento—dijo a Hutchins.

—Muy bien. ¿Qué cosas usted?

—Tranquilizarte. Hacerte comprender que, aunque haya sido dictada contra ti sentencia de muerte, ésta no llegará a cumplirse.

—¿Ah, no?

—No. A los chicos de tu edad no los ahorcan.

Pero Jimmy escuchaba con escepticismo las palabras de Whitlock.

—Sin duda—pronunció, por de-

cir algo—no entendí bien lo que decía el juez.

—¡No pienses más en lo que dijo el juez, y escúchame!

—¿De modo, que lo que dijo el juez no tiene importancia? Pues entonces, ¿usted me dirá por qué estoy aquí?

—En espera de que te sometan a un nuevo juicio.

El semblante de Hutchins se iluminó.

—¡Ah!—dijo— ¿Ha sabido usted algo? ¿Es que mi abogado, el señor Lawton, ha podido conseguir la revisión de la causa?

—Todavía no. Pero, en tu caso... Sin antecedentes penales... y tan joven... ¡Oh, no lo dudes!

En el rostro de Jimmy se dibujó de nuevo el desencanto.

—Será—limitóse a contestar—porque usted lo dice.

Whitlock adoptó un tono persuasivo.

—Escucha, Jimmy. Estoy aquí desde mucho antes de venir tú al mundo... He visto salir y entrar a muchísima gente. Y puedo asegurártelo, te someterán a un nuevo juicio.

—¿Y qué? Se repetirá lo mismo otra vez. No tengo ni un testigo de descargo... ¡Ah! ¡Si fuese posible dar con el señor Lang! El es el único que puede salvarme.

—¿Y quién te dice que no se llegue a dar con el señor Lang?

—No sé...

—Escucha—volvió a decir Whitlock—. Supongo crees, porque fui testigo de la acusación, que tengo algún resentimiento contra ti. Te prometo que no. Relaté los hechos tal como los vi. Recordarás perfectamente, Jimmy, que yo estaba sin sentido en aquella ocasión. Lo recobré un momento y volví a perderlo de nuevo.

Bill hizo una pausa y continuó:

—El cerebro es algo muy curioso, muchacho... De un modo u otro, cuanto ve o sorprende queda grabado aquí...

Y se dió una palmada en la frente. Luego prosiguió diciendo:

—Pero no siempre sale espontáneamente. A veces tiene uno que esforzarse, ¿comprendes? Pero, desde el punto y hora que vinate aquí, he meditado mucho, y... tal vez algunas cosas que he visto u oído, empiezan a volver a mi memoria.

—¿Recuerda usted lo de la pistola? ¿Recuerda que me amenazaron?

—Sí... No te preocupes, Jimmy; no te preocupes. Adiós.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Era Lawson, que deseaba celebrar cuanto antes una entrevista con Whitlock.

—Que venga cuando quiera—repuso Bill—. Aquí le espero.

Minutos más tarde, el padre de Joan penetraba en el despacho del alcaide.

—He venido a ver a usted para decirle que tengo muy malas impresiones del asunto de Jimmy. No creo sea posible arrancarle de la horca.

—¿Y por qué?—preguntó Bill—. ¿No ve usted la manera de conseguir una revisión del juicio?

—¿Qué conseguiremos con ello si no aportamos nuevas pruebas?

—Nuevas pruebas... nuevas pruebas...—masculló el alcaide de la

penitenciaria de Rowland City—. Pero usted, a pesar de ello, no se dará por vencido, ¿verdad? ¡No abandonará a su triste suerte a ese chico, y más aun teniendo en cuenta que su hija está enamorada de él!

—Créame usted que no le he abandonado—dijo con sincero acento el abogado Lawson—. Precisamente he visitado al gobernador...

—¿Y qué le ha dicho?

—Que, probada plenamente la culpabilidad de Jimmy y habiendo resultado muerto un policía, no debe ni quere intervenir.

—¡Oh!

Los dos hombres permanecieron un momento en silencio. Fue Lawson el primero que se decidió a hablar.

—Quisiera pedirle a usted un favor, Whitlock.

—Concedido de antemano.

—Que lo diga a ese pobre muchacho que yo... no puedo hacer nada.

Whitlock no esperaba, sin duda, aquella declaración, que le afectó profundamente. Lawson le colocaba en una situación de violencia extraordinaria ante Jimmy Hutchins. Por muy bajo que la ambición y el egoísmo hubiesen hecho caer al alcaide de la prisión de Rowland City, no llegaba a tanto su cinismo. Realmente, se necesitaba un gran

aplomo para comunicar al preso algo que equivalía a una sentencia de muerte, sentencia injusta y de la que el único responsable no era otro que el propio Bill Whitlock.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, Lawson no había perdido la serenidad. Al contrario, con su fina percepción, el padre de Joan se dió cuenta de que, un poco involuntariamente, había disparado por elevación, haciendo un blanco certero. Contempló fijamente a Bill, como si con su mirada quisiera arrancar la verdad de las pupilas un poco desorbitadas de Whitlock. Mas éste logró reprimir la emoción que le embargaba, y con tono de todos modos no muy seguro, que quiso disimular con un fingido deje de mal humor, repuso finalmente:

—¿Y por qué yo precisamente?

—¿Por qué he de decirselo yo? No tengo órdenes del gobernador. Y como no las tengo, ¿se lo dirá usted mismo!

Y, ante la sorpresa de Lawson, añadió:

—Por lo demás, ¿caso tengo yo algo que ver con él? Jimmy Hutchins, para mí, no es sino un recluso como todos los demás.

—Perfectamente—repuso fríamente Lawson—. En vista de ello, será yo quien me entrevistaré con el preso. Y supongo, señor alcaide,

que no tendrá usted ningún inconveniente que, en esta visita, me acompañe mi hija Joan.

Whitlock no opuso ningún reparo. Tras un breve saludo, ambos individuos se despidieron, bastante fríamente por cierto.

Lawson, una vez en la calle, reflexionó larga y gravemente sobre el particular. Cada vez se afirmaba más en su ánimo la convicción de que en el asunto del novio de su hija había algo tenebroso que había escapado a la instrucción del proceso y que en ese algo tenía que estar forzosamente complicado Bill Whitlock.

Pero, ¿quién que no conociera la realidad de los hechos podía llegar siquiera a suponer que un hombre venerado y respetado hasta por los propios penados como era el gran jefe, pudiese estar complicado, y de una manera tan directa, en el drama que iba a costar la vida a Jimmy Hutchins?

Lo terrible del caso era que no

había medio de deducir el menor testimonio de descargo en favor del condenado, y en semejantes condiciones, ¿qué puede hacer por su patrocinado un doctor en leyes, siquiera fuese un hombre de probada capacidad y reconocido talento de Lawson? El Derecho Criminal se condena por indiciu, y no por pruebas como en Derecho Civil, y la realidad era que, si bien faltaban éstas, sobraban aquéllas, y al fallar, el Jurado no había hecho otra cosa sino atenerse estrictamente a lo que disponen los Códigos y disposiciones legales.

Pero, sin embargo... Algo le decía a Lawson que al final surgiría un algo inesperado que permitiese a lo menos aplazar la ejecución.

Y fué con esta esperanza, aunque remota, que se dirigió a su casa para recoger a su hija y dirigirse a la prisión donde debían tener con Hutchins una entrevista que podía ser la última.

UN RAYO DE ESPERANZA

LA entrevista entre los dos novios y el padre de la chica fué un extremo conmovedora.

Jimmy supo sacar fuerzas de flaqueza para no dejar traslucir la profunda impresión que le ocasionaba la presencia de su prometida en la celda. Hutchins contaba a Joan las incidencias de su estancia en la penitenciaría y la muchacha relataba a Jimmy episodios de la escuela donde estudiaba.

Lawson les escuchaba con tristeza. En parte, le satisfacían aquellos momentos, un poco inconscientes, de los dos novios. Tal vez eran los últimos minutos felices de la vida del joven mecánico. Bien pronto llegaría la hora de enfrentarse con la dura realidad. Y entonces, ¿qué di-

ría Lawson al novio de su hija? Porque quizá el único defecto que tenía era que la rectitud de su carácter le impedía faltar a la verdad.

¿Qué no hubiese dado entonces el abogado por inventar algo que permitiera entrever la luzcita de la esperanza a los dos novios!

Pero era inútil. Por más que se esforzaba, ninguna argucia acudía a su mente...

Por fin, el muchacho creyó llegado el momento de interrogar a Lawson sobre la posibilidad de una revisión de la causa.

—¿No han sabido nada de Lang?

—Absolutamente. Parece como si se le hubiese tragado la tierra.

—Es desesperante, señor Lawson. ¡El único testigo que podría desha-

cúmulo de calumnias que pesan sobre mí!

De pronto se le ocurrió al abogado preguntar a su patrocinado:

—¿Estás seguro, Jimmy, de que llevabas los planos en el asiento delantero del coche?

—Segurísimo, señor Lawson.

—Es curioso. Hemos examinado el lugar del accidente repetidas veces y con la más minuciosa atención. ¡Y no hemos podido encontrar nada!

—¡Y tan interesante como hubiese sido hallar esos planos!—dijo entonces Joan sin poder ocultar las lágrimas que aflúan a sus bellos ojos—. ¡No tenemos ni una prueba en favor tuyo, Jimmy!

—Eso quiere decir señor Lawson—murmuró Jimmy evitando dirigirse a su prometida para evitar aumentar su dolor—, que se ha perdido toda esperanza de evitar mi ejecución, ¿no es eso?

—Hombre, Jimmy, yo...—balbuceó Lawson confusamente.

—De todos modos, yo le doy las gracias por cuanto ha hecho en mi favor. Sólo le ruego que procure consolar a Joan cuando... cuando...

Y Jimmy, el muchacho de músculos de acero y de temperamento bronco, no pudo contenerse más y estalló en amargos sollozos, al igual que su novia, mientras Law-

son, profundamente abatido, se limitaba a murmurar:

—¡Que Dios te bendiga, hijo mío!

... ..

A la más horripante de las tempestades sigue siempre una calma precursora de la bonanza. Algo análogo ocurre en la vida humana, y como humanos que eran aquellos seres, no podían constituir una excepción. Lawson, de pronto, tuvo la idea de decir una mentira piadosa, y aseguró que volvería a ver al gobernador y que estaba seguro de que dicha autoridad, cuando menos, firmaría el indulto. Después, tiempo habría de revisar la causa y obtener la rehabilitación de Jimmy Hutchins y su consiguiente libertad...

No fué muy fácil para el abogado desarrollar la trama de aquella argucia. Tanto su hija como el prometido de ésta tenían los conocimientos de Derecho suficientes para no aceptar como buena la argumentación de Lawson si no estaba sólidamente fundamentada. Pero éste supo recurrir al socorrido procedimiento de la falta de recomendación.

—Precisamente—dijo—acaba de ocurrírseme una cosa que puede tener una importancia definitiva en nuestro asunto. Haré unos diez

años, precisamente en ocasión de que Joan se hallaba en Pasadena (de este modo, Lawson salía al paso de una posible observación de su hija sobre el desconocimiento por parte de ésta del episodio que iba a narrar), tuvo ocasión de intervenir en un pleito civil en el que salvé la honra y la hacienda de un tal Lawrence Merristal, banquero de Cincinnati. En virtud de la más fe de un consejero, su Banco había sufrido considerables pérdidas por una serie de partidas fallidas de algunos comerciantes tan desaprensivos como insolventes, a los que se habían concedido préstamos cuantiosos sin previa información, a base de la fingida amistad del citado consejero, hombre influyente, pero sin escrúpulos, y que si bien dió excelentes referencias de los individuos en cuestión, lo hizo de una manera particular y en el despacho de Merristal, gerente del establecimiento, pero a solas y guardándose bien de que hubiese testigos.

—¡Buena pieza sería el tal individuo!—interrumpió Jimmy.

—Más de lo que te piensas, chico. Verás cómo se desarrolló el asunto. Como es natural, el individuo había tomado muy bien sus precauciones; de manera que nunca hizo referencia de tales créditos en ninguna reunión del Consejo de Ad-

ministración, para evitar que sus manifestaciones quedasen reflejadas en las actas.

—Se ve que sabías tomar sus precauciones, papá—observó Joan.

—En efecto, pero no contaba conmigo. Cuando la Banca Merristal se vió en la necesidad de declararse en estado legal de suspensión de pagos, el Consejo, en uso de su perfecto derecho, hizo una grave observación. La ruina de la entidad procedía única y exclusivamente del impago de los créditos a que antes he hecho referencia. Ahora bien, como sabéis perfectamente los dos por los rudimentos de Derecho Comercial que ya poseéis, en una Sociedad Anónima no pueden adoptarse acuerdos que puedan llegar en un momento dado a comprometer su situación económica de la misma sin previo acuerdo del Consejo de Administración, y en ciertos casos —el que estoy explicando era uno de ellos— sin la previa garantía solidaria del consejero que los propone.

—En efecto.

—Pero nuestro hombre no había dicho una palabra en Junta alguna, como ya he explicado anteriormente, y desde luego, la responsabilidad recayó sobre el gerente. En vano, Lawrence Merristal, que era un hombre honradísimo, hizo constar

que aquellos créditos se habían abierto a indicación —y casi por presión podría decirse— del Consejero antes aludido. Como era de suponer, éste, que resultó luego un perillán de siete suelas, negó con un cínico aplomo haber intervenido en la cuestión, alegando que a lo sumo había hecho la indicación al gerente; pero que a éste correspondía —y en parte llevaba razón—, en primer lugar, informarse debidamente de la solvencia moral y material de las personas a quienes la Banca había abierto los mencionados créditos; y, en segundo, someter la concesión de éstos a deliberación del Consejo de Administración en la primera Junta que éste celebrase.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que, provisionalmente, el pobre Lawrence Merristal se le cargó, como vulgarmente se dice, con todo el equipo. La situación de la Banca, en estado legal de insolvencia provisional, corría grave peligro de ver ésta convertida en definitiva, pues si bien en principio había el juzgado aceptado la declaración de suspensión de pagos, una vez los peritos mercantiles examinaran el balance, tal suspensión podía ser rechazada, convirtiéndose en quiebra. Y como, por la naturaleza de los deudores insolventes, ésta podía ser calificada de fraudulenta, con la co-

respondiente responsabilidad criminal para los consejeros, se pusieron de acuerdo para echarle el muerto a Lawrence Merristal y procesarle por estafa.

—Si que le metieron en un buen fregado.

—Bastante. Menos mal que no le metieron en la cárcel y que, hallándose en estado de libertad provisional, pudo movilizar sus amistades, y una de éstas me lo mandó al despacho, recomendándomelo con gran interés. Estudié el asunto, me di cuenta de que sus afirmaciones eran sinceras, que no tenía nada que ver en el asunto de los créditos que había motivado la ruina de la Banca y que sus socios eran una cuadrilla de perillanos, y puse manos a la obra.

—Bueno — preguntó entonces Jimmy, ya un poco impacientado—. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con mi asunto?

—Espera un poco, chico, que tú eres joven e impulsivo, aunque, a decir verdad, reconozco que tienes tus motivos para ello. Mi labor fué más, la de un detective, que la de un abogado. En una palabra, hice un poco de Perry Mason, y creo que en aquellos momentos sentí no tener a mi lado a Joan, que hubiese sido para mí una excelente Della Street. Averigué que el consejero responsable de toda aquella sarta de

chanchullos y que, naturalmente, era el que más lodo había arrojado sobre el nombre immaculado de Lawrence Merristal, y quien más empeño había puesto en que se le procesase por estafa, sostenía las más cordiales relaciones con los comerciantes insolventes deudores a la Banca y que, por consiguiente, era patente que desde el primer momento, había existido contabulación para estafarle y repartirse luego tranquilamente el dinero.

—¡Buen golpe, señor Lawson!

—¡Y tan bueno! Como que llamé a mi bufete al individuo, puse las cartas boca arriba, y tras una discusión un poco violenta, mi hombre no tuvo más remedio que cantar de plano y avenirse a firmar un documento provisional —que al día siguiente hubo de elevar ante notario a escritura definitiva— reconociendo una deuda igual al importe de las cantidades usurpadas con engaño a la Banca Merristal. Total, que como el consejero tenía una fortuna personal inmensa, aceptó unas letras escalonadas que el National City Bank descontó en seguida, se ingresó el importe efectivo de las mismas en las arcas de la Banca suspensa, se levantó la suspensión, Lawrence Merristal volvió a la gerencia con todos los pronunciamientos favorables y, por buenas

componendas, el consejero, una vez hubo satisfecho el último centavo de su deuda, tuvo que presentar su dimisión por motivos de salud, extendiendo el Consejo un acta en la que hacía constar el sentimiento que le producía verse privado de tan valioso elemento, que es lo que se acostumbra hacer siempre en las juntas cuando a un individuo indeseable le echan a puntapiés en aquella parte del cuerpo humana que comienza donde termina el espinazo.

—¿Y bien?

—¿Y bien? Pues qué, ¿sabéis quién era, o mejor dicho, en Lawrence Merristal? ¡Nada menos que un primo del gobernador! De manera que voy a ponerme inmediatamente en contacto con él, y como me quedó muy agradecido —y con motivos— por mi afortunada intervención, tengo la convicción absoluta de que, por este medio, hemos de conseguir nuestros propósitos, logrando que Merristal interceda para el indulto cerca de nuestra primera autoridad civil.

Ante aquella sombra de esperanza, renació la confianza en los corazones de Joan y Jimmy, y aquella y su padre se despidieron del preso prometiéndole visitarle de nuevo al día siguiente.

Aún no hacía cinco minutos que Lawson padre e hija habían salido de la celda, cuando el guardián se acercó a la puerta y dijo al penado:

—Chico, eres más popular que la penicilina. Ahí hay un individuo

que pregunta por ti. Dice que se llama Lang.

El semblante de Hutchins se iluminó de alegría. Cayó de rodillas y, con fervor infinito, murmuró:

—¡Gracias, Dios mío!

NUEVA COMPLICACION

Y Lang hizo su entrada en la celda una vez el guardián le hubo franqueado la puerta. Pero Hutchins se encontró frente a un Lang que no conocía. No era el Lang simpático y amable de los doscientos dólares y la promesa de presentarle al señor Voohees, sino un Lang altanero, frío, calculador, tal como nosotros le vimos, al comienzo de esta narración, al entrevistarse en Burkhart en el mismo penal donde ahora se hallaba el novio de Joan.

—Buenas tardes, señor Lang —dijo el penado—. ¡Gracias a Dios que le veo!

—Mira, Jimmy, ahorremos palabras y no mezcles a Dios en nuestros asuntos. Vamos a hablar poco

y concreto. Desde luego, evita el armar escándalo, porque nadie te creería.

—¿Qué quiere usted?—dijo Jimmy sorprendido por el tono en que se expresaba el visitante.

—Ayudarte simplemente.

—Ya es tarde. La petición de revisión de mi proceso ha sido denegada. Así acaba de anunciármelo mi abogado, mister Lawson.

—Mira, muchacho, déjate de abogados y de monsergas, que, por bien que les pagues, no te sacarán de la cárcel ni te evitarán ir a la horta. Hay que caminar por otros senderos, pollo. El único que puede sacarte de aquí soy yo.

—¡Eso es lo que yo he estado diciéndole siempre!—repuso Jimmy con la mayor buena fe y sin darse

cuenta de cuál era el verdadero alcance y significación de la visita de Lang—. Si el señor Lang hiciera una declaración ante la policía o el juzgado relatando la verdad sobre la proyectada venta de los planos del motor de mi invención al señor Vochrees y la entrega que me hizo de doscientos dólares.

—Chico, o me estás tomando el pelo o eres más inocente que un piano vertical. Yo puedo sacarte de aquí, pero no con semejante declaración, sino por otro procedimiento que te explicaré luego. Pero eso tiene un precio, amiguito, y ese precio es sencillamente la restitución del dinero.

Hutchins se quedó viendo visiones.

—¿La restitución del dinero? —preguntó—. ¿De qué dinero?

—¡Tú dirás! ¡A ver si me harás creer que no sabes a qué dinero me refiero! ¡El de Burkhardt y Miller, «nuestro» ahora!

—¿Usted cree... que me lo quede yo?

—Sé que lo tienes. Mientras Whitlock fué a pedir auxilio, tú te apoderaste de él y lo escondiste. Yo vigilaba la faena de mis compañeros, mejor dicho, vigilaba a la policía para que no los pescase, pero el golpe salió mal, y por eso tú te encuentras ahora en este lío.

—¡Es usted muy listo, Lang! —dijo entonces Jimmy—. Y no le extrañe la familiaridad con que desde este momento le trato. ¿Sabe por qué le he llamado Lang a secas, suprimiendo el «señor»?

—¿Por qué?

—Pues, sencillamente, porque usted no lo es.

—Poco importa ser señor o bandido mientras tenga dinero. De eso se trata ahora. De que me digas dónde lo tiene escondido. Si me lo revelas, yo te daré cincuenta mil dólares y te facilitaré la huida del país. ¿Te parece bien?

—¿Puedo fiarme de usted acaso?

—Debes hacerlo. Usa de tu cerebro o la semana entrante estarás sin él. Todo lo tengo preparado. Ya te daré detalles. Te veré fuera de la celda a la hora del recreo, o sea sobre las cinco y media. Adiós.

Y Lang giró sobre sus talones, dejando a Jimmy sumido en un mar de confusiones.

Pero el muchacho reaccionó inmediatamente.

—¡Guardia! ¡Guardia! —exclamó—. ¡Necesito ver al alcaide inmediatamente!

—Acompáñale, Fred —dijo el guardián llamando a uno de sus compañeros.

Momentos más tarde, nuestro protagonista se hallaba en presencia

de Whitlock en el despacho de éste.

El semblante de Jimmy Hutchins estaba transfigurado. El alcalde de la prisión de Rowland City no pudo menos que darle cuenta de ello. Apretaba sus mandíbulas, oprimía sus labios uno contra otro, y sus ojos brillaban intensamente. Era el acusado que, habiendo por fin visto claro el origen verdadero de la falsa delación que pesaba sobre él, se disponía a convertirse en acusador.

¡Y qué acusador. Dios mío, después de las luminosas manifestaciones que le había hecho Lang!

Whitlock, quizá por primera vez desde que viera ese salto tenebroso que separa a los inocentes de los criminales, tuvo miedo.

Hutchins lo notó y miró fijamente al que desde aquel momento consideraba ya como su enemigo. Éste bajó la mirada, como aterrizado ante la sola presencia de Jimmy.

—¿Qué quieres? — preguntóle Bill.

—Ya le dije que soy inocente. Ahora puedo probarlo. ¡Necesito ver a mi abogado en seguida!

La vehemencia con que se expresaba Jimmy, escamó un poco al alcalde.

—No hace falta que te excites de este modo—dijo—. Tu abogado

podrá hacer por ti todo cuanto sea en el juicio de apelación.

—La apelación ha sido denegada, señor—respondió Hutchins.

—¡Ah!—exclamó Whitlock con un gesto vago que no convenció a nuestro protagonista.

—¿Lo ignoraba usted? Bien. Pues vamos a otra cosa. ¿Recuerda usted aquel saquito negro, el que contenía las ropas de recluso? ¡Estaba lleno de dinero! ¡Es de Lang!

El golpe dejó anonadado a Bill.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—La verdad exacta, señor. El muy granuja está en el ajo. Hace diez minutos me prometió sacarme de aquí si le decía donde estaba el dinero.

Whitlock quiso hacerse el desentendido y dijo:

—¡No entiendo una palabra!

—¿No lo entiende? Pues yo sí. Lang cree que lo tengo yo. Cree que lo escondí en alguna parte mientras usted iba a buscar a la policía y la ambulancia. Pero usted sabe que yo no pude cogerlo. Estaba sin sentido...

—En efecto.

Jimmy permaneció un instante en silencio. Su rostro tenía el aire grave, pero henchido de satisfacción, del hombre que ha estado durante mucho tiempo esperando ansiosamente el momento de llevar a cabo

algo que considerara lo más definitivo de su vida.

—Whitlock... —comenzó a decir.

El alcaide, intrigado, le contempló. ¿Qué significaba semejante audacia en un mozuelo imberbe? ¿Desde cuándo no ya los condenados a muerte, sino los simples penados, osaban nombrar al alcaide en presencia de éste sin anteponer a su apellido el menor tratamiento? Iba ya a replicar, cuando Hutchins, con voz serena y pausada, como la del juez cuando ha pronunciado su veredicto, dijo:

—El guardia motorista murió, y luego, Miller. Usted mató a Burkhart, según me dijo... Yo sé que no me llevó el dinero. Queda solamente «usted», alcaide. ¡Nadie más en el mundo que usted! ¡Usted lo sacó de aquel saquito negro!

Whitlock estaba anonadado.

—¡Usted lo sacó de aquel saquito negro; repito, usted! Y se quedó no tan sólo con él, sino con mis planos. ¡Sí, señor! ¡Con mis planos! ¡Porque mis planos también faltan! ¡Usted debe saber lo que fué de ellos!

Fué entonces cuando, definitivamente, perdió Bill Whitlock su sangre fría, y con ella, el dominio de sí mismo. Literalmente aterroriza-

do, no supo hacer otra cosa sino contestar:

—¡Yo no sé nada! ¡No sé de qué me habla!

Y casi seguidamente, presa de un gran terror:

—¡Mulvaney! ¡Thompson!—gritó fuertemente.

Los guardianes de toda la confianza del alcaide entraron al punto. Pero Jimmy no se arredró por ello.

—¡No se saldrá usted con la suya! ¡Debo decirles la verdad! ¡Usted sabe que no fui yo!

Y añadió con sarcasmo:

—¡Y usted era tan buena persona! ¡Y yo me lo creí! ¡Absolutamente!

Mulvaney y Thompson habían saltado ya sobre Jimmy como sobre un tigre acorralado, y le sujetaban con sus robustas manos.

—¡Déjenme salir! ¡Suéltennme! —rugió Bill.

Hipócritamente, el alcaide se dirigió a los dos guardianes.

—No le tratéis con dureza—les dijo—. La excitación lo trastorna... ¡Basta de visitas!

—¡Ahí está la prueba!—aulló más que gritó Hutchins—. ¡Que no me visiten! ¡Teme que pueda ver a mi abogado! ¡Lo teme! ¡Pero lo graré verle!

Los dos guardias empujaron suave, pero resueltamente al preso.

—Vámonos, vámonos—dijeron.

—¡Les aseguro que le veré! —siguió vociferando Jimmy Huthins—. ¡Es preciso! ¡No pueden hacer esto conmigo! ¡Usted cogió el dinero y permitiría que me ahorcaran para quedárselo! ¡Usted es el asesino! ¡Usted!

A empujones, los dos guardias se llevaron al prometido de Joan. Atraído por el escándalo, Dippy había acudido al despacho de Bill Whitlock.

—¡Lástima de muchacho!—dijo

el alcalde cuando hubieron quedado solos.

—Sí, es verdad —repuso Dippy—. Yo creo, jefe, que esto le trae a usted de cabeza. Debería hacer un largo viaje... En un gran vapor. Podría ir... a los mares del Sur... Tierra del sol... Así le cogería fuera cuando ahorquen al chico...

El alcalde se volvió pálido como la cera. Recordaba perfectamente que los planos de Jimmy estaban envueltos en un pedazo de periódico viejo en el que aparecía un reportaje pintoresco sobre las islas maravillosas del Pacífico....

PREPARANDO LA FUGA

AQUELLA mañana, en el patio del presidio se notaba una atmósfera extraña. Los penados que habían sido sacados de sus celdas a la hora del recreo cuchicheaban entre sí con aire de misterio y cambiaban miradas furtivas, como si estuviesen complicados en algún complot.

—Parece seguro—decía uno.

—Pues, a ver si nos podemos aprovechar.

—¿Tú crees?

—Con probarlo, nada se pierde.

—Pues, andando.

—Sí, pero toma tus precauciones, que yo también tomaré las mías, porque ya sabes que el gran jefe es un tío de pelo en pecho y que no se arredra así como así.

—Sí hay que enseñar los puños, los enseñaremos.

—No basta con enseñarlos, compadre. Lo que hay que hacer es ponerlos en acción en cuanto convenga.

—Por mí, no quedará.

—Ni por mí tampoco, descuida.

—Pues, ojo al Cristo, que es de plata y estemos todos ojo avizor.

En otro grupo, varios penados cuchicheaban con sigilo.

—Alguien se va a «pirar» hoy.

—¡Tija uno de ellos a su compañero!

—¿Quién se larga? —preguntó éste.

—Todavía no lo sé.

En aquel momento Dippy se acercó a Jimmy y, en voz baja, le dijo:

—Prepárate para ir mañana a la última estación—le dijo—. Aquí tienes muda limpia.

Calló un momento, y luego prosiguió diciendo:

—Sí, chico; ¿has «fitao» al alcaide? ¡El tiene la pastizara! ¡Y yo que me hubiese «mstao» por ese tío! ¡El era la única razón por la cual yo no intentaba fugarme desde hacía mucho tiempo! Tengo cara de hombre pacífico, ¿eh? ¡Indefensivo! ¡Pero cuando alguien me traiciona, soy muy distinto!

Hutchins escuchaba a Dippy, sin comprenderle.

—¿Tú no me crees?—prosiguió éste—. Pues te lo probaré. Cuando tú te fugues hoy, yo me iré contigo.

—¿Fugarme?—dijo Jimmy sorprendido.

—Todo el mundo sabe que hoy habrá una fuga... Toda la mañana se está hablando de ello; pero nadie sabe quién será. Yo sí lo sé. ¿Acaso no he oído lo que decías de Lang? Yo me iré contigo.

—¡No! ¡Tú no harás eso!

—¡O «piro» contigo o lo descubro todo! ¿Qué? ¿Cuál es el plan? ¡Había! Te alegrarás mucho de tener a un hombre de mi experiencia a tu lado...

• • •

El secretario de Whitlock estaba impaciente. El alcaide no había comparecido en toda la mañana; ni había dejado dicho adónde iba. Y esto era la primera vez que ocurría desde que Bill ocupaba su cargo en la penitenciaría.

En la puerta de entrada del despacho resonaron unos golpes dados con los nudillos de los dedos.

—¡Adelante!—pronunció el secretario.

En el despacho de Whitlock penetró un guardián, que, después de saludar respetuosamente al secretario, dijo:

—Vengo a avisarle que en el patio de recreo de los penados se nota algo extraño... Todos cambian entre sí miradas furtivas y monosílabos imperceptibles en voz muy baja... Seguro que hay algo preparado. Se está mascando desde la hora del desayuno.

—Bien. Llámaremos al señor Whitlock.

—¿Lo ha visto usted hoy?

—No. No se ha presentado todavía. Hace unos días que no sé lo que le pasa.

—Llámele, señor secretario, que el asunto es importante. Dígale que hay algo preparado.

—Es lo que estoy haciendo. ¡Señorita! ¿Con el despacho particular del señor alcaide!

Se estableció la comunicación. Pero no fue Whitlock quien acudió al teléfono, sino la voz de Mary, que, con un deje de angustia, preguntó al descolgar el auricular:

—Dime, Bill...

—Perdone, señora—dijo entonces el secretario—. Se equivoca usted. No soy su esposo, sino el secretario del señor alcaide. ¿No está ahí mister Whitlock?

—No, señor... ¡El alcaide no está aquí!

—¿Sabe si tardará mucho? ¡Es urgente!

—No sé nada. Ha salido muy de

mañana y no ha dicho adónde iba...

—Pero, ¿no tiene usted idea de dónde podría hallarse? Me conviene hablar con él por teléfono cuanto antes...

—No, no... Le aseguro que no sé dónde está...

El secretario colgó el teléfono contrariado.

—En fin, si ocurre algo y luego expedientan al alcaide por no haber estado cumpliendo su deber en el penal, allá él. Yo no tengo ganas de que, en el zafarrancho, me suelten un tiro los reclusos y me abrasen los sesos...

¡LA FUGA!

ASI en el mismo instante en que Mary daba por terminada su comunicación telefónica con el secretario de su marido, éste hacía su aparición en la estancia donde su esposa acababa de colgar el auricular del aparato telefónico.

—¡Gracias a Dios, Bill!—exclamó la mujer al ver llegar a Whitlock—. ¡Me has hecho pasar una angustia! ¿Dónde has estado todo este rato?

—Volviéndome loco en busca de una solución. Pero ya está. ¡Les fastidiaremos!

—¿Fastidiar a quién? ¿De qué estás hablando, Bill?

—Déjate estar. Lo único que puedo asegurarte es que saldremos bien del asunto. Nos marchamos.

Arregla tus cosas y te espero en el coche dentro de cinco minutos.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Arregla tus cosas, tal como te he dicho, y no te retrases. Voy a ver al abogado Lawson.

El padre de Joan, como es natural, recibió inmediatamente a Whitlock.

—He venido—dijo Bill con voz atropellada—a proponerle un arreglo en relación con el asunto de Jimmy Hutchins.

—¿Y en qué consiste ese arreglo?

—Muy sencillamente, la semana que viene hay que ahorcar a ese

chico. Yo le revelaré la verdad. Soy yo quien tengo el dinero de Burkhart y de Miller, y también los planos del motor inventado por Jimmy. Deme usted un plazo de cinco días para desaparecer junto con mi esposa y yo le daré los planos, que son la prueba más convincente para salvar la vida y el honor de ese muchacho.

Por muy sensacional que fuese aquella declaración, no logró hacer pestañear a Lawson. Era buen abogado y había disciplinado sus nervios lo suficientemente para evitar que, a lo menos en apariencia, hiciera mella en él ningún acontecimiento. Se limitó a fruncir el ceño y a llamar:

—Señorita Humphries!

—¿Qué contesta usted a mi proposición?—preguntó lleno de ansiedad el alcalde de la penitenciaría de Rowland City.

—Ahora lo verá usted. Entrará mi taquígrafa y usted le dictará el texto de una declaración jurada, que luego pasaremos a máquina y firmará usted, explicando ce por ce toda su actuación en este asunto. Y una vez suscrito el documento, tomaremos de él un testimonio notarial, sacaremos unas fotocopias, guardaremos el original en mi caja fuerte... y desde aquel momento

tendrá usted concedido el plazo que me pide.

El golpe era maestro y de una hábil oportunidad que acreditaba a Lawson como un abogado de primera fuerza. Whitlock, vencido, desherido, confesó de plano en la declaración jurada toda su participación en el asunto.

La señorita Humphries era una taquígrafa consumada al tiempo que una mecanógrafa rapidísima. En menos de un cuarto de hora, tomó estenográficamente la declaración y la pasó a máquina.

—Firme—dijo imperativamente Lawson, en cuanto el documento estuvo terminado.

Aún no había trazado Bill la última letra de su apellido, cuando resonó el timbre del teléfono.

Lawson descolgó al auricular.

—¿Es la casa del abogado señor Lawson?—preguntó una voz, nerviosa e impaciente— ¿Sí? ¿El señor Whitlock está ahí? ¡Haga el favor de decirle que se ponga inmediatamente al aparato, de parte de su cretario!

El abogado transmitió el encargo a Bill. Éste se puso inmediatamente en comunicación con su secretario.

—Whitlock al habla. ¿Qué dice? ¿Una fuga? ¿Quién se ha escapado? ¿Eh? ¿Dippy y Hutchins? ¡Santo Dios!

Y, como hablando para sí, añadió:

— ¡Ese muchacho! ¡Pueden matarlo! ¡También podía haber esperado dos minutos más!

— ¿Qué dice usted, Whitlock? — preguntó entonces Lawson — ¿Que Jimmy ha huido del penal?

— Sí, juntamente con un peñón de siete suelas llamado Dippy, a quien yo había cometido la insensatez de hacerle criado mío...

— Y ¿qué va usted a hacer ahora?

— ¿Yo? Irme a reunir con mi esposa y huir. Adiós, señor Lawson.

Pero cuando llegó al lugar donde con Mary, ésta que ya la esperaba, no quiso partir con él.

— Bill—le dijo—. Ahora, nuestra fuga es imposible. Tienes que cumplir con un deber... Y tu deber, es perseguir a los fugitivos.

CASTIGO Y RECOMPENSA

La fuga había sido preparada de mano maestra. Dippy había combinado muy bien las cosas. Sabía por donde podían huir, y todo el plan se desarrolló con una precisión matemática. Por una alcantarilla, los dos penados lograron abandonar el penal.

Pero, de poco podía ello servirles, si no disponían de un medio de locomoción rápido para poner tierra por medio entre ellos y sus perseguidores, que no tardarían en hacer su aparición. Jimmy y Dippy corrieron algunos metros cuando, de pronto, éste último dijo:

—¡Mira! ¡Nuestra salvación!

¡Era el coche de Whitlock, que éste tenía dispuesto para la marcha

y que debía ocupar, junto con Mary, así que saliera de casa del abogado Lawson!

—¡Sube en seguida! — gritó Dippy.

—¡Como! — exclamó Hutchins — ¿Robar un coche... esta vez, de verdad?

Dippy sacudió al novio de Joan aparrándole por el hombro.

—Si no te decides, nos van a freír aquí como gurriones. ¡Venga!

Pero Jimmy se resistía. A su recta conciencia le repugnaba el apoderarse del vehículo. Dippy se impacientó. Insultó al muchacho. Llegaron, incluso, a las manos. Y, al final, el criado de Whitlock recurrió al mismo argumento que había usado el difunto Burkhart: sacar del

bolcillo una pistola que llevaba oculta y encañonar al prometido de Joan Lawson. Sólo de este modo pudo conseguir que Hutchins se pusiera al volante.

Y, como la otra vez, empezó la persecución.

Bill, con los guardianes del penado, había salido en persecución de los fugitivos.

Unos disparos certeros inutilizaron los neumáticos del coche en que huían Jimmy y Diopy. Este último resultó mortalmente herido, pero aun tuvo ánimos para incorporarse y luchar con Whitlock, a quien le tocó la peor parte en la refriega, pues su antiguo criado logró hacerle un disparo a bocajarro, alcanzándole en el corazón. Momentos después, el alcalde espiraba en brazos de Mary, que había acudido presurosa al lugar del suceso, y auxiliado por Hutchins, que, a pesar de herido, supo tener la piedad suficiente para rezar una oración por el alma de quien tanto daño le había hecho.

No que decir tiene que se echó tierra al asunto, y se efectuó una revisión, formularia del proceso de Jimmy, de la que salió absuelto con todos los pronunciamientos favo-

rables. Recuperó sus planos, y poco después, el invento fue vendido por una crecida cantidad.

* * *

Si os aventuras algún día a pasear por las afueras de Rowland City, muy cerca, precisamente, del cruce de carreteras donde un día pudo decidirse el destino de Jimmy, os llamará la atención un lindo «bungalow», que, aunque de reducidas proporciones, destaca por la elegancia de sus líneas arquitectónicas y el buen gusto de su jardín.

Tiene todo el aspecto de una finca de reposo, pero no es así. Si os acercáis, os llamará la atención del repitqueo de una máquina de escribir, y si sois más indiscretos y miráis a través del postigo, veréis a Joan, inclinada sobre la «Underwood», redactando Conciliaciones, verbales, ejecutivas y mayores cuantías, mientras Hutchins, sentado ante una amplia mesa de trabajo, consulta febrilmente los Códigos de Comercio de los diversos Estados.

Los dos terminaron la carrera de abogado y se casaron hace tiempo. Y han formado una sociedad. Así reza el rotulito que camina a la

puerta del «bungalow». Dice así: «Hutchins y Lawson, Limitada Abogados». Limitada, de momento, porque el bebé con que Dios ha bendecido aquel hogar, tiene nada más

año y medio y le interesa más arrancar flores del jardín y ensuciar los muebles y las alfombras que estudiar las Pandectas o el Derecho Romano.

F. J. M.

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
Apuesta de amor . . . Carol Raymond
Héctor Fierabracca . . . Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sepultada en vida . . . A. Nazari
Defensores del crimen . . . Richard Dix
Aventura Pampadour . . . Kate de Nagi

Melodía roja Billy Borge
Titanes del mar Victor McLaglen
Capido sin memoria . . . Ann Sothern
María Ilena Paula Wessely
Posada Jamaica Charles Laughton
El caso Vera Olive Brook
Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . . Hansi Rohmer

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los
elefantes Sabú
Tú combalarás de vida . . . M. Reedgrave
Las dos niñas de París . . . C. Barghion
¿Es mi hijo? Lil Dagover
La última avanzada . . . Cary Grant
Vacaciones juera Harvey . . Mickey Rooney
Margarita Gautier Greta Garbo y
Robert Taylor
Mental sugestión Ann Harding
Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux
Baja manto de la noche . . Edmund Lowe
Alarma en el expreso . . . M. Reedgrave
Crimen de medianoche . . Ramón Pereda
El signo de la Cruz . . . Fredric March
El asesino invisible . . . Walter Abel
Los dos piketes Jacques Teyll
Fygmallon Laila Howard
Marie Estuardo Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces . . Michael Reedgrave
Por la dama y el honor . . Paul Lukas
El día que me quieras . . Carlos Gardel
El pequeño lord F. Bartholomew
Tarrán de las flores . . . Buster Crabbe
Albergue nocturno Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa Judy Kelly
Acusada Dolores del Río
Forja de hombres Mickey Rooney
La profiera millonaria . . . Carol Raymond
Los peligros de la gloria . . James Cagney
La bella rebelde Ann Sothern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible Jerry Hugo
El hombre del Níger Victor Francen
Estrónes en luna de miel . . Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio . . Mickey Rooney
Fruto dorado Clark Gable
El secreto del marqués . . Armando Falconi
Irene Ana Neagle
Una hora en blanco Franchot Tone
La batalla Charles Boyer
La familia Robinson Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras . . Greta Garbo
Luna llena Jean, MacDonald
La hora radiante Joan Crawford
Cuando ellas se encuen. . . . Melvyn Douglas
El rapto de Laura Joan Fontaine
Una chica se divierte Jean Arthur
Una mujer endiablada Lupe Vélez
El club 400 George Murphy

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arles
Bisbeceña madrileña P. G. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! José Baviera
Eran tres hermanas Luisita Gargallo
Echecini Emilia Allada
Don Floripondio Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró

Martingala Niña Marcheta
Építome usted Celia Gómea
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmanat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
¡Al-Atai! Inés de Val
¿Quién me compra un
un lío? Marija Tomás
Alas de por Lois de Valots

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana I. Argentina
El sobre sacado L. Gargallo
La Dolores Rosita Díaz
La Millona R. de Sentmanat
Suspiros de España Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los
do Aragón) M. de Diego
El octavo mandamiento Lina Yegros
Eunice al Cairo Miguel Ligeró
El difunto en un vivo Antonio Vico
Malinas de viento Pedro Terol
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Melodía de arrabal I. Argentina
C. Gindel

Sol de Valencia Marija Gómea
Misterio en la Marisma Tony D'Algy
Rasos de otoño M. F. L. Guevara
La patriz chica Estrellita Castro
La chica del gato Jonita Plamón
Un enredo de familia Mercedes Vazco
La culpa del otro Luis Prendes
Fin de curso Luchy Sora
Mi enemigo y yo Jonita Hernán
Y tú... ¿quién eres? José Nieto
Una mujer en un taxi Silvia Morgan
Una herencia en París Tony D'Algy
Empezó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón Miguel Ligeró
La Pareda Marija Tomás
Verbena Marija Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flor de espino Gracia de Triana
Tú me miras Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Carona
Oreño Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 30 pts.

MERCEDES VECINO
LAIS MANDARINO (Tango)
RAEBI KUB (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «BAFLES»
IMPERIO ARGENTINA (Tango)
TULITO VALDESOLANA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Canción)
ESTRELLITA CANTO
JUANITO MONTAÑA
CAMILAN
LOLA FLORES
TIANOR
DIEGO BALLESTEROS
MIRCO

NINO DE MARCHENA
RAMPER
NINO DE UTHIRA
PLAMIN ARCOS
NINA DE LOS PINES
GUERRITA
TITO HUAPANGO
COCO DE HUELVA
MARTA FLORES
MANOLO «EL GAFAS»
JOSE SEGARRA
PEPE BLANCO
CARMELA MONTE
TOMAS DE ANTIGÜERA
NINO DE ANAJO
ROSARIO LA CANTERANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 40 pts.

PEPE MARCHENA
PASTORA SOLER
NINO DE VILLER
ANTONITA MORINO
JUANITO VARRA
CARLOS GARDEL (Homenaje a su memoria)
MANUELA DE ROSA
GRACIA DE TRIANA

CARLOS GARDEL (Individualidades creacionales)
BONET DE SAN PEDRO
RUGO DEL CAJUL
CARLOS GARDEL (Selección de tango)
TOMAS MARCO (Juntos creacionales)
BLANQUITA STABEZ
MANOLO «CARACOL»
RAUL ABRIU

Precio: 12 pts.

LUIS MARAVILLA «LA COOLA ANDALUZA»

CANCIONES DE JAZZ-HOT
EXITOS DEL CINE AMERICANO

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
MELODIAS DE MODA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»

JAZZ-HOT, Buenos Aires y su Orquesta (Agenda)
JAZZ-HOT, Luis Daguez y su Orquesta (Agenda)
JAZZ PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 121 pts.

LUISITA ESTERO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
M. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PEQUE

FREDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO JAZZ-HOT
CARALIJAS
TETADA Y SU ORQUESTA JAZZ

Precio: 130 pts.

PEPE PINTO
ADOLFO ABACO JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
«ALATRA» y «LUCES DE VIENA»
JULIO GALINDO JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPANA JAZZ
GOZALBO LOPEZ MEXICANAS
FRANCISCO BOLDADA JAZZ
RAUL ABRIU BONET DE SAN PEDRO
BERNARDI BOLINA
MUSA ARGENTINA
DEYOLVEDA - D. BOLDADA

MARIA LUISA GERONA - MARY MORGAN
y TIGRETTA APLOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (tem. I)
JOSE VALERO
UNA VOZ Y UNA MELODIA (tem. II)
ORQUESTA DEMONIO
MARIO GABARRON
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES
RITMOS HISPANAMERICANOS
MIGUEL DE BOLINA
FRANCISCO BOVIBALTA
RAUL ABRIU

PEDIDOS a



Apartado 707
BARCELONA

NOVELAS POLICIACAS

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO
EL CRIMEN DEL SIGLO
SECUESTRO SENSACIONAL
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 2 50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE
ACUSADA
EL MISTERIO DE VILLA ROSA
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE
EL ASESINO INVISIBLE
ALARMA EN EL EXPRESO
EL SOBRE LACRADO
LA CULPA DEL OTRO
EXTRANOS EN LUNA DE MIEL
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 797 — BARCELONA





2.⁵⁰ ptas.

AGUTERÍA
ALICIA DE MEXICO